

- XL -

Desde que la morisca había enseñado a Adamas varios secretos orientales para la fabricación de mejunjes y cosméticos, el cutis, la barba y las cejas del marqués habían mejorado sensiblemente. Podían resistir al viento, la lluvia y las locas caricias de Mario, sin contar con que su fragancia era más suave y su embellecimiento más rápido.

Al principio, el viejo Celadón hacía que le adonizasen en gran secreto durante la hora en que su hijo salía de su alcoba para entregarse a sus primeras diversiones. Pero como el niño no se mostraba ni preguntón importuno, ni curioso mal educado, poco a poco fue desistiendo de tales precauciones y se procedió al rejuvenecimiento diario con rodeos ingenuos.

Los cosméticos fueron llamados esencias refrescantes, y el colorete, conservación de la piel.

Al parecer, Mario no se dio cuenta; pero los niños lo ven todo y éste no se dejó engañar por Adamas; sólo que no vio en ello motivo de burla. Su buen padre no podía hacer nada que fuese ridículo. Pensó que aquellos artificios formaban parte del tocado de todo noble.

Y como, por su parte, era bastante presumido, le entraron vivos deseos de hacerse también él una cara de hidalgo y lo solicitó; como le contestaron sencillamente que a su edad no eran necesarios tales esmeros, no creyó que le habían hecho una negativa rotunda. Así fue como una tarde, hallándose solo en el cuarto de su padre adoptivo y viendo los frascos dispersos sobre el tocador, satisfizo su capricho de perfumarse en blanco y en rosa, según había visto que Adamas perfumaba al marqués. Hecho esto, le pareció que debía obscurecer y ensanchar sus cejas, y encontrándose entonces un aire muy marcial, no pudo resistir al deseo de dibujarse un precioso bigote en punta y una hermosa perilla debajo.

Como no tenía más luz que la de una vela olvidada sobre la mesa, usó los tintes con abundancia y no pudo dibujar finamente los contornos.

Llamaban a cenar; corrió a sentarse a la mesa con la mayor seriedad del mundo, muy satisfecho de su cara feroz.

Al pronto, el marqués no se fijó; pero como Lauriana soltó una gran carcajada, levantó los ojos y vio aquella dulce cabecita tan singularmente disfrazada, que no pudo menos de echarse él también a reír.

Sin embargo, el buen marqués se sintió contrariado y aun dolido en el fondo de su corazón. Indudablemente Mario no había pensado en burlarse de él, pero la manera exagerada y vistosa con que se había pintado acusaba demasiado, ante Lauriana, la existencia y el empleo de la paleta de belleza que él creía tan disimulada en su tocador y en su rostro. Ni siquiera se atrevió a preguntar al niño dónde había cogido aquel colorete; hubiera temido una contestación excesivamente ingenua. Se limitó a decirle que estaba desfigurado y que se fuera a limpiar.

Lauriana comprendió la confusión y la intranquilidad de su viejo amigo y refrenó su alegría; pero la ocurrencia de Mario se le antojaba muy graciosa, y durante toda la cena tuvo una excitación nerviosa que el deseo de reír contenido produce en las muchachas.

Al ver que a Mario le ocurría lo mismo, el marqués les dijo con dulzura:

-Vaya, hijos míos, reíd a vuestro antojo, puesto que tantas ganas tenéis.

Pero él no se reía, y al acostarse regañó a Mario que, muy arrepentido, prometió no volverlo a hacer.

Esta travesura había divertido extraordinariamente a maese Clindor, que, reventando de risa, había hecho pedazos una hermosa porcelana. El marqués le regañó, y el pobre perdió

la cabeza, se aturrulló y pisó una pata a Fleurial. Adamas no había podido contenerse ante el cómico aspecto de Mario y también se había reído. La Belinda fue la única que guardó su seriedad, y el marqués se lo agradeció.

-Este niño es muy travieso -dijo por la noche a Adamas-, y todo lo que hace revela un espíritu frívolo y bromista. ♦Convendría no mimarle demasiado, Adamas!

Al día siguiente ocurrió otra aventura; uno de los frascos de carmín del tocador fue encontrado roto y el hermoso mantel de encaje manchado. Se acusó a Fleurial; pero sobre el jubón blanco de Mario aparecieron las mismas manchas; el niño, sorprendido, protestó y dijo que no se había acercado al tocador.

-Te creo, hijo mío -dijo el marqués suspirando-. Sufriría demasiado si te creyera capaz de mentir.

Pero al día siguiente se encontraron los coloretes mezclados, el rojo con el negro y el negro con el blanco.

-Vaya -dijo el marqués-; la superchería continúa. ♦Ocurrirá con esto como con las pobres narices de mis estatuas?

Examinó a Mario sin decir nada; en los puños de la camisa del niño había manchas negras. Acaso fuesen de tinta; pero el marqués tenía horror a las manchas y le mandó que se mudase de ropa.

-Adamas -dijo a su confidente-, este niño es revoltoso y eso está muy bien; pero si es embustero y abusa de la fe que tengo en su palabra, ♦yo tendría mucha pena, amigo mío! Creía que era de una esencia superior, pero Dios no quiere que me enorgullezca demasiado y consiente que el diablo haga que sea un niño como los demás.

Adamas se puso de parte de Mario, que acababa de entrar en el gabinete contiguo.

En aquel momento oyeron a la Belinda que discutía acaloradamente con el niño. Él la tiraba de la falda, y ella se defendía diciendo que se tomaba con ella unas confianzas que no eran propias de su edad.

El marqués se levantó indignado.

-♦Libertino? -exclamó-. ♦Libertino ya?

El pobre Mario apareció deshecho en llanto.

-♦Padre -exclamó precipitándose en los brazos de Bois-Doré-, esa mujer es mala! Quería traértela para que vieses lo que tiene en las manos. Toca mi chorrera diciendo que está manchada, y es ella la que pone estas manchas; es que quiere hacerte penar e impedir que me quieras. Aprovecha las tonterías que hago para atribuirme otras peores. Padre, esa mujer no es buena; me hace pasar por embustero, y si tú la crees...

-No, hijo mío, no la creo -exclamó el marqués-. ♦Adamas!...

Pero Adamas ya no estaba allí; había corrido detrás de la Belinda; la alcanzó en la escalera, quiso traerla por la fuerza y recibió como castigo una sonora bofetada que le hizo soltar la presa.

Al ruido de la escaramuza, el marqués también se precipitó a la escalera. La bofetada había sido ruda; el pobre Adamas, atontado, se sujetaba el carrillo.

-♦Es que esa bribona ha utilizado sus garras? -dijo-. Me duele la cara... ♦Ah! ♦No, señor! -exclamó con repentina alegría-; no es sangre. ♦Mirad! Es el rojo de vuestros

frascos, es la prueba del delito. ♦ Ah!, sí, sí, el asunto está bien claro. Ahora espero que ya no dudaréis de la maldad de esa pelirroja.

-Señor conde -dijo el marqués a su hijo con una gravedad admirable-, confieso que dos veces he dudado de vuestra palabra. Si no fuese vuestro mejor amigo, me tendríais que pedir una reparación; pero espero que consentiréis en aceptar las excusas de vuestro padre.

Mario se abalanzó a su cuello. Aquella misma noche, Belinda, pagada y despedida sin explicaciones, abandonó el oasis de Briantes y su hermoso nombre de pastora para volver a las realidades de la vida con su verdadero nombre de Guillette Carcat, en espera de poder tomar otro más sonoro y más mitológico, según veremos más adelante.

Mientras que se iban borrando aquellos trágicos acontecimientos de la memoria de nuestros personajes, el celoso monsieur Poulain no se dormía.

El día 18 ó 19 de diciembre, el cura, con la nariz y los pies helados, pero con la cabeza caldeada por la esperanza de lograr un éxito largo tiempo disputado, llegó a Saint-Amand, una preciosa ciudad del Berry, situada en un lozano valle, entre dos ríos y dominada por el gigantesco y maravilloso castillo de Montrond, residencia del príncipe de Condé.

El cura descendió del caballo al llegar al convento de los capuchinos, cuyo vasto recinto, en forma de cruz, se hallaba bajo la protección del castillo señorial. Evitó ver al prior, del que temía la amabilidad y los servicios; quería hacer su tarea y recorrer su camino por sí mismo.

Se contentó con aceptar la frugal comida que lo ofreció uno de los frailes, pariente suyo, y después de sacudir la escarcha que le cubría se presentó a una de las ventanillas del castillo enseñando un pase en regla.

♦ Gracias a los trabajos de Sully, y sobre todo a los embellecimientos hechos por el príncipe, que había comprado aquella residencia al ministro en desgracia, el castillo de Montrond, que tuvo más tarde tanta importancia en los acontecimientos de la Fronda, se

había convertido en un lugar de delicias a la vez que en una fortaleza inexpugnable. Su recinto, amurallado, tenía más de una legua de contorno; comprendía numerosos edificios, un castillo de tres pisos, vasto y magnífico, y una gruesa torre con almenas, que terminaba en una plataforma, en la que se veía la estatua de Mercurio❖.

❖En cuanto a las fortificaciones, había tantas, sobrepuestas y formando como un anfiteatro, que un hombre que las hubiese estudiado y observado largo tiempo, apenas hubiera podido darse cuenta de ellas.❖

En aquel laberinto de piedra, en aquel arcano significativo, en aquella guarida de gran vasallo, residía Enrique de Borbón, el segundo de su nombre, príncipe de Condé, que después de tres años de cautiverio por rebelión contra la corona, acababa de reconciliarse con la corte y de recuperar el gobierno del Berry.

Unía a este cargo el de teniente general, el de baile de la provincia y el de capitán de la torre principal de Bourges; es decir, que poseía el poder político, civil y militar de todo el centro de Francia, puesto que gozaba también de los mismos derechos y cargos en la provincia de Bourbonnais.

Añádase a este poder una fortuna inmensa, aumentada con las cantidades que en forma de indemnización costaba a la corona, es decir, a Francia, cada sublevación de Condé; con la adquisición casi forzada de los espléndidos castillos y fincas que Sully poseía en Berry y que tenía que ceder con gran pérdida al príncipe a causa de la dureza de los tiempos y de las desdichas del país; con la secularización, es decir, la supresión, en provecho del príncipe, de las más ricas abadías de la provincia (entre otras, la de Déols); con los regalos que imponía la costumbre, la cobardía o la adulación a la alta burguesía de las ciudades; con las pesadas bandejas llenas de buena moneda de oro y de plata, producto de la venta de los hermosos corderos del Berry; con las carrozas de azur esculpidas y adornadas con sátiros de plata y arrastradas por seis magníficos caballos enjaezados con piel de Rusia y aplicaciones de plata; con los impuestos, opresiones y vejaciones de todas clases sobre los pobres. El dinero, bajo todos los nombres, todas las formas, todos los pretextos; tal era el único móvil, el único fin, la única grandeza, la única alegría y el único genio de Enrique, nieto del gran Condé de la Reforma y padre del gran Condé de la Fronda.

Sabido es que los dos grandes Condés fueron también muy ambiciosos y muy culpables para Francia; pero, en cambio, eran capaces de prestarle grandes servicios contra el extranjero, cuando no se lo impedía su interés personal. Tal fue, ¡ay!, el horrible siglo XVII. Pero eran valientes, grandes, hasta heroicos, mientras que el que aparece en nuestra historia no era más que avaro, astuto, cauto y, según se dice, algo peor aún.

Su nacimiento había sido trágico y su juventud desgraciada.

Había sido dado a luz en una cárcel por una viuda acusada de haber envenenado a su marido. Se había casado muy joven con la bella Carlota de Montmorency, hija del condestable, y había tenido por rival a Enrique IV, un galanteador demasiado viejo y demasiado atrevido. La princesa había sido coqueta. El príncipe se había llevado a su mujer. Se acusó al rey de querer hacer la guerra a Bélgica por haberle dado asilo. El hecho era cierto y falso a la vez.

El rey estaba locamente enamorado; pero Condé fingía unos celos de que era incapaz, para explotar la pasión del rey en provecho de su ambición y forzaba al rey a castigar a un rebelde.

Desgraciado en su familia, en la guerra y en la política, el príncipe se consoló de todo con el amor a la riqueza, y cuando llegó el terrible Ministerio de Richelieu vivió muy tranquilo, rico y sin honor, en su buena ciudad de Bourges, en su hermoso castillo de Saint-Amand-Montrond.

Pero en la época en que nuestro párroco Poulain, después de seis semanas de gestiones y de intrigas, logró ser admitido en su presencia, el príncipe no había renunciado a toda ambición política y aun había de representar su papel de gavlán en la agonía del partido calvinista y en la del poder real, con la esperanza de elevarse sobre las ruinas del uno y del otro.

El párroco creía conocer bien al hombre con quien se las tenía que haber. Le juzgaba por la fama de buen príncipe que se había creado en Bourges: campechano, vulgar, hablando sin altivez con todo el mundo, jugando con los colegiales de la ciudad y haciéndoles

trampas, amante de recibir regalos, chismoso, muy tacaño, bastante fantástico y excesivamente beato.

El príncipe era todo eso, pero lo era mucho más de lo que la gente creía. La historia pretende que la compañía de los colegiales le gustaba demasiado. No hacía trampa sencillamente por diversión, sino por avaricia; no imitaba a Enrique IV, que devolvía el dinero; los regalos le gustaban hasta la pasión; era chismoso por envidia y por maldad, tacaño hasta el furor, fantástico hasta la superstición y beato hasta el ateísmo.

Lenet, en su panegírico, dice de él muy ingenuamente o, mejor dicho, muy maliciosamente:

❖Comprendía la religión y sabía sacarle partido. Conocía mejor que nadie los dobleces del corazón humano, y al momento se daba cuenta del móvil que impulsaba a la gente en cualquier circunstancia. Sabía tomar sus precauciones contra el artificio de los hombres, sin dejarlo ver. Le gustaba aprovecharse. Ha emprendido pocos asuntos en que no haya logrado éxito, contemporizando cuando no podía llevarlos a cabo de otra manera. Sabía evitar las ocasiones en que podía perder algo de lo que le correspondía, y se aprovechaba de las que le podían reportar alguna ganancia... En fin -dice graciosamente el buen Lenet para concluir- me ha parecido ser un gran hombre y muy extraordinario.❖

❖Sea!

En cuanto al retrato físico del príncipe, he aquí cómo lo describe, en una carta particular, una pluma más ilustre que la de Lenet:

❖Un rostro a primera vista agradable; la cabeza, alargada, bastante correcta; nada en las facciones de la fuerza ni de la singularidad de su hijo, el gran Condé; los ojos, risueños; bastante gracia en la cara, bien encuadrada por una larga cabellera; los bigotes, hacia arriba, y la perilla, larga y tupida; la frente, mediana, con su parte superior bastante desarrollada; los carrillos, blandos. Su mirada, sonriente, de esas miradas bajo las que se nota, fijándose un poco, la falta de dignidad y de creencias serias, una pequeña personalidad egoísta y mucha indiferencia.

❖ Pero ésta es la segunda impresión; la primera es bastante agradable.

El mejor de sus retratos grabados lleva la divisa: Semper prudentia❖

El hecho de haber colocado la estatua de Mercurio, el dios de los ladrones, en lo alto de su torre era aún más significativo.

ArribaAbajo

- XLI -

Monsieur Poulain, sin ser un gran observador, era bastante perspicaz; sin embargo, al principio no vio en la fisonomía del príncipe más que la simpatía.

El príncipe le recibió a solas en su gabinete y le mandó que se sentara; demostraba grandes consideraciones por cualquier sotana.

-Señor abate -le dijo-, estoy dispuesto a escucharos. Dispensadme si he tardado tanto en concederos esta entrevista, a causa de mis grandes ocupaciones. Ya sabéis que he tenido que ir a París en busca del señor duque de Enghien; luego he tenido que ir a buscarle otra nodriza, porque la que le había escogido su señora madre no tenía más leche que una piedra; luego... Pero hablemos de vos, que me parecéis hombre de voluntad. La voluntad es una gran cosa; lo que me sorprende es que tengáis tanto empeño en dirigiros a mí para un asunto tan nimio. Vuestro hidalguillo de... ❖Cómo llamáis ese lugar?

-Briantes -contestó respetuosamente el rector.

El príncipe le miró a hurtadillas, y bajo su humildad vio cierta energía que le inquietó.

La afición a penetrar y a utilizar las fuerzas que salen al paso es propia de los grandes espíritus. El príncipe era demasiado desconfiado para no ser temeroso. Su primer movimiento era, antes que el de utilizar a las gentes, el de prevenirse.

Afectó indiferencia.

-Pues bien -dijo-, vuestro hidalguillo de Briantes ha matado en combate singular, o, mejor dicho, en un singular combate y de una manera sospechosa, a un tal... ❖Cómo llamáis a ese muerto?

-Sciarra de Alvimar.

-❖Ah!, sí; ya recuerdo; me he enterado. Era un hombre de poco más o menos, que a su vez no se batía muy lealmente. Esos dos hidalguillos eran tal para cual. Después de todo, ❖qué os importa?

-Soy esclavo de mi deber -contestó el párroco-, y mi deber me mandaba que no dejase un crimen impune. Monsieur Sciarra era un buen católico. Monsieur de Bois-Doré es un hugonote.

-❖No ha abjurado?

-❖Dónde y cuándo, monseñor?

-Eso no me preocupa. Es viejo y soltero. No tardará en morir de muerte natural. Muerto el perro, se acabó la rabia. No veo por qué haya que ocuparse tanto de él.

-❖Entonces Vuestra Alteza se niega a continuar el asunto?

-Continuadlo vos mismo, señor abate. No os lo impido. Dirigíos a quien corresponda en derecho. Esto pertenece a la magistratura. Yo no me ocupo de los delitos de las gentes sin importancia; no acabaría nunca.

Monsieur Poulain se levantó, hizo un profundo saludo y ganó la puerta.

Estaba humillado y ofendido.

-❖Eh! Esperad, señor cura -le dijo el príncipe, que quería descubrir su intención sin dejarlo ver-. Aunque no me interese por vuestro Alvimar, me intereso por vos, que mandáis cartas tan bien escritas, dais tan buenos informes y me parecéis hombre de inteligencia y de virtud. Vaya, habladme francamente. Acaso pueda servirlos en algo. Exponed las razones por las que habéis deseado verme a mí, en lugar de dirigiros a vuestros superiores naturales, los señores del clero.

-Monseñor -contestó el párroco-, como este asunto no pertenecía a la Iglesia...

-❖Qué asunto?

-El asesinato de monsieur de Alvimar; no tengo otra preocupación. Vuestra Alteza me hace la ofensa de creer que me he servido de este hecho como de un pretexto para llegar hasta vos y poderle dirigir alguna petición personal; no hay tal cosa. No me mueve más que el pesar que agobia a todo católico sincero al ver a los presuntos reanudar en esta provincia sus latrocinios y sus crímenes.

-No me habíais hablado de latrocinio -repuso el príncipe-. ❖Tenía ese Alvimar algún bien que le hayan robado?

-Lo ignoro, y no es eso lo que quiero decir... He tenido el honor de escribir a Vuestra Alteza que ese Bois-Doré se ha enriquecido con el saqueo de las iglesias.

-Es verdad, ya me acuerdo -dijo el príncipe-. ♦No me habéis dado a entender que tiene en su solar una especie de tesoro escondido?

-He dado a monseñor detalles precisos y fieles. Parte de las riquezas de la abadía de Fontgombaudo está aún allí.

-♦Y sois de opinión de que se le obligue a la restitución? Sería difícil, a no ser que se emplease a gentes de leyes, y las lentitudes de la justicia permitirían al viejo zorro hacer desaparecer el cuerpo del delito. ♦No lo creéis así?

-Acaso -contestó el cura -monsieur de Aloigny de Rochefort, a quien Vuestra Alteza ha nombrado abate fiduciario de Fontgombaudo, sabría tomar medidas...

-♦No! -dijo el príncipe con precipitación-; os prohíbo... os ruego que no le enteréis de nada. Ya me ha censurado bastante por los favores con que he recompensado los buenos servicios de monsieur Rochefort; se diría seguramente que enriquezco a mis gentes con los despojos de los vencidos. Además, se reprocha a Rochefort el ser algo ambicioso, y la verdad es que lo es un poco, y yo no respondería de que confiscase esas cosas para el provecho del culto.

♦He tocado el punto sensible -pensó el rector-; el tesoro despierta interés. Al fin tendrá que deberme favores monseñor.♦

El príncipe advirtió la satisfacción interior y ligeramente desdeñosa de su interlocutor. El rector no estaba sediento de dinero ni de pedrerías, sino de influencia y de poder. Condé lo comprendió y procedió con más cautela.

-Además -añadió-, sería deplorable hacer ruido por poca cosa. No creo que ese tesoro, encerrado en algún cofre viejo en algún granero, valga la pena.

-Sin embargo, ese tesoro es un manantial vivo en el que se alimenta el lujo del viejo marqués.

-Ya hace tiempo que ese manantial mana- repuso el príncipe-; ♦ debe de estar agotado! He conocido un poco a vuestro hidalguillo; es un marqués de pega, a hechuras del rey de Navarra. Era admitido en la intimidad de mi buen tío.

Condé no hablaba nunca de Enrique IV sin una ironía llena de aversión; monsieur Poulain advirtió la amargura de su acento y sonrió para adular al príncipe.

-El marquesado de Bois-Doré -dijo- es una broma que ese anciano toma en serio, pretendiendo imponer a todo el mundo su absurda pasión por el difunto rey.

-El difunto rey tenía sus buenas cosas -prosiguió Condé, considerando que el rector iba demasiado lejos-; este viejo no era entre sus servidores de lo peor. Gastaba toda su fortuna en engalanamientos ridículos; no le debe de quedar nada. Ya no va a París, ni aparece nunca por Bourges; vivo en la obscuridad. Tiene una vieja carroza del tiempo de la Liga y un castillejo en que yo no sabría cómo acomodar a mis perros. Se ha mandado construir jardines con estatuas de yeso; todo esto huele a mediocridad.

♦ Estos detalles -pensó el cura-, no se los he dado yo a monseñor. Se ha informado; ha mordido el anzuelo. ♦ -Verdad es -dijo en voz alta- que nuestro hombre es tan sólo un hidalguillo de pueblo. Se le conoce una fortuna de veinticinco mil escudos de renta aproximadamente, y con razón se sorprende la gente de que gaste sesenta mil sin entraparse ni salir de su casa.

-¿Entonces es que dura aún la abadía de Fontgombaudo? ¿Pero cómo os habéis enterado, señor abate, de que este cuerno de abundancia existe en el castillo de Briantes?

-Lo sé por una mujer muy piadosa, que ha visto allí relicarios y ornamentos de capilla de mucho valor. Cierta cama de niño, de marfil tallado y esculpido, es una obra maestra hecha con un dosel...

-¿Bah! ¿Bah! -dijo el príncipe-. ¿Algún trasto viejo! Nos ocuparemos del asunto por el honor y el bien de la Iglesia, si tenéis interés en ello, señor abate; pero no corre mucha prisa. Tengo que dejaros, pero antes quisiera saber si no os puedo favorecer en algo. Vuestro arzobispo es muy amigo mío; me debe su nombramiento. ¿Deseáis un curato mejor? Podría hablarle de vos.

-No deseo nada de los bienes de este mundo -contestó el párroco retirándose-. Me encontraré siempre bien donde pueda trabajar por la salvación de mi alma y orar por la ventura de Vuestra Alteza.

¿Es decir -pensó el príncipe en cuanto se quedó solo-, que los cofres de Bois-Doré están todavía llenos; de lo contrario, este ambicioso me hubiera pedido primero su recompensa. Sabe que quedaré satisfecho, y me pedirá más de lo que le he ofrecido. Ya veremos.¿

Y el príncipe dio sus órdenes.

La noche de aquel mismo día los huéspedes de Briantes acababan de desearse mutuamente las buenas noches y se disponían a separarse, cuando Aristandre, que era el guardián de la puerta, envió a decir que un hidalgo y su séquito pedían albergue para descansar un par de horas. Llovía, y la noche estaba sombría.

El marqués pidió luces y, envuelto en su capa fue él mismo a levantar el rastrillo.

-Somos...-le dijo una voz desconocida.

-Pasad, pasad, señores -contestó el marqués, esclavo de las leyes de una hospitalidad caballerosa-; venid a ponerlos a cubierto. Diréis vuestros nombres, si así os place, cuando hayáis descansado.

Los jinetes entraron; iban dos o tres delante; entre ellos, el que parecía mandar a los demás hizo el gesto de querer echar pie a tierra. Bois-Doré se lo impidió, en vista de que el suelo estaba muy mojado.

Pasó delante con Adamas, que llevaba la antorcha, y entró en el patio, seguido por su huésped, sin advertir que un séquito de veinte hombres armados, después de desfilar uno a uno sobre el puente, entraba en el patio detrás de su amo, mientras que éste subía la escalera del castillo con el castellano.

Aristandre, encargado de recibir a los criados y de abrir las caballerizas, fue a ofrecer sus servicios a la escolta y se sorprendió al verla tan numerosa. Ellos se negaron a desembridar y permanecieron junto a sus caballos, unos en torno a una hoguera, que se encendió para ellos en medio del patio, y los otros sobre el umbral mismo de la morada.

Cuando el marqués estuvo en su salón con el desconocido, vio a un hombre de unos treinta años, bastante mal trajeado y de estatura mediana. La cara estaba casi oculta por un sombrero, alicaído y por las plumas mojadas, que colgaban de todos lados. Poco a poco fue distinguiendo aquel rostro, sin reconocerlo, o al menos sin poder recordar dónde lo había visto ya.

-No parecéis recordaros de mí -dijo el desconocido-; verdad es que hace largo tiempo que nos vimos y que los dos hemos cambiado mucho.

El marqués se golpeó ingenuamente la frente y pidió perdón por su falta de memoria.

-No me entretendré en jugar a las adivinanzas -prosiguió el viajero-. Me llamo Lenet. Era casi un adolescente cuando os vi en París, en casa de la marquesa de Rambouillet, y acaso no os fijasteis siquiera en un personaje tan insignificante como yo era entonces. Por ahora no soy más que consejero, en espera de mejor suerte.

-Merecéis ser cuanto podáis desear -contestó amablemente Bois-Doré-. ♦Pero, ♦qué diablos! -pensaba para sus adentros-, ni me acuerdo del nombre de Lenet, ni sé con quién estoy hablando, aunque su aire me trae a la memoria mil cosas confusas.♦

-No hagáis nada por mí -prosiguió monsieur Lenet al ver que daba órdenes para la cena-. Tengo que ir a un castillo donde me esperan. Me he retrasado a causa de los malos caminos, y os ruego dispenséis la hora en que me presento en vuestra casa. Pero traigo para vos una comisión bastante delicada, que tengo que cumplir.

Lauriana y Mario, que estaban en el gabinete, se levantaron al oír que se trataba de negocios y cruzaron el salón para marcharse.

-♦Son vuestros hijos, monsieur de Bois-Doré? -preguntó el viajero devolviéndoles el saludo que le hicieron al pasar delante, de él-. Siempre os creí soltero. ♦Sois casado o viudo?

-Ni lo uno ni lo otro -contestó el marqués-, y, sin embargo, soy padre. Este es mi sobrino e hijo adoptivo.

-He aquí de lo que se trata prosiguió el consejero con un aire bonachón y un tono meloso, cuando los niños hubieron salido-. Estoy encargado por el príncipe, que es vuestro señor y el mío, y a quien de padres a hijos mi familia es adicta de poner en claro un asunto bastante molesto, que os concierne. Iré derecho al caso. Habéis hecho desaparecer a un tal Sciarra de Alvimar, que fue vuestro huésped, como yo lo soy, con la diferencia de que él no tenía gente consigo, como la tengo yo, para proteger mi persona y mi mandato. Porque debo haceros saber que debajo de esta ventana hay veinte hombres bien armados, y en vuestro burgo otros veinte completamente preparados para prestarlos ayuda en el caso de que no recibierais como es debido al enviado del gobernador y gran baile de la provincia.

-Esta advertencia es superflua, señor Lenet -contestó Bois-Doré con mucha calma y cortesía-; si hubierais venido solo a mi casa estaríais aún más seguro en ella. Bastaría con que fueseis mi huésped; con más razón todavía estando protegido por el mandato del príncipe, contra quien no pretendo rebelarme para riada. ♦Debo seguiros para darle cuenta de mi conducta? Estoy dispuesto, y sin temor, como veis.

-No es necesario, monsieur de Bois-Doré; tengo plenos poderes para interrogaros y disponer de vos, según me parezcáis inocente o culpable... Tened la bondad de decirme lo que ha sido de monsieur de Alvimar.

-Le he matado en duelo leal -contestó el marqués con seguridad.

-♦Pero sin testigos? -dijo el consejero con una sonrisa irónica.

-Había uno, señor, y de los más honorables. Si queréis escuchar el relato...

-♦Será muy largo? -preguntó el consejero, que parecía preocupado.

-No, señor -contestó el marqués-; aunque me parece que tengo derecho a explicarme en un asunto del que dependen mi honor y mi vida, será todo lo breve posible.

ArribaAbajo

- XLII -

Bois-Doré contó sucintamente toda la historia y enseñó las pruebas.

El consejero seguía impaciente y distraído.

Sin embargo, el relato de las predicciones de La Fleche en la Motte-Seuilly pareció llamar su atención.

Bois-Doré creyó deber mencionar esta circunstancia al tener que enseñar el sello de su hermano como prueba concluyente de su identidad con la víctima de Alvimar; pero el consejero le interrumpió en el momento en que iba a explicar precisamente la carencia de brujería en las predicciones de maese La Fleche.

-Esperad -dijo-; me acuerdo de una acusación de la que se me olvidaba hablaros. ♦Sospechan que practicáis la magia, monsieur de Bois-Doré! Y sobre este punto os absuelvo de antemano, porque no creo en la ciencia de los adivinos y no veo en ello más que la distracción del espíritu. ♦Queréis decirme si por casualidad aquellos gitanos os predijeron alguna cosa que fuese verdad?

-♦Su predicción se realizó en todo, monsieur Lenet! Me anunciaron que antes de tres días sería padre y vengado; anunciaron al asesino de mi hermano que antes de tres días sería castigado, y todo ocurrió según lo habían predicho; pero...

-Y decidme: ♦dónde están esos gitanos?

-Lo ignoro; no los he vuelto a ver; pero aun me queda por deciros...

-No; es suficiente -dijo monsieur Lenet sin abandonar su tono dulzón y su aire risueño-; es asunto concluido. Os creo inocente; pero fuisteis poco hábil al ocultar el hecho. No será fácil borrar las sospechas; se preguntarán, como yo, por qué en lugar de divulgar el castigo del asesino de vuestro hermano, como cosa que os honraba, lo habéis ocultado como si se hubiera tratado de una emboscada. No podré hacer comprender al príncipe...

Bois-Doré tuvo un movimiento de indignación y sintió tentaciones de interrumpir al consejero, porque lo parecía ya evidente que aquel hombre, después de haber declarado que tenía plenos poderes, a fin de hacerle hablar, fingía no poderle absolver por sí mismo, con el objeto de venderle su apoyo.

-Convengo -dijo- en que al ocultar la muerte de Alvimar he seguido un mal consejo, completamente opuesto a mi opinión. Me han convencido diciéndome que como el príncipe es un gran católico y yo estaba acusado de herejía...

-Y es verdad, mi pobre señor. Pasáis por un gran hereje, y no os oculto que el príncipe está mal dispuesto hacia vos.

-Pero vos, señor, me parecéis menos riguroso en vuestras ideas y decís que confiáis en mi palabra. ♦No puedo contar con que abogaréis por mi causa y daréis un buen testimonio en mi favor?

-Haré cuanto pueda; pero en cuanto al príncipe, no respondo de nada.

-♦Qué debo hacer para inclinarle a mi favor? -preguntó el marqués, decidido a conocer las condiciones del negocio.

-No sé -contestó el consejero-. Le han dicho que tenéis en vuestra casa a un italiano... un hereje de la peor clase, que bien pudiera ser, según las apariencias, un tal Lucilio Giovellino, condenado en Roma como partidario de las infames doctrinas de Giordano Bruno.

El marqués palideció; había permanecido tranquilo ante su propio peligro; el de su amigo le asustó.

-♦Lo confesáis? -dijo el consejero sin parecer dar importancia-. Por mi parte, encuentro que ese infeliz ha sido bastante castigado y no le deseo más daño del que le han infligido. Podéis decírmelo todo. Intentaré desviar las sospechas del príncipe.

-Monsieur Lenet -dijo el marqués obedeciendo a una inspiración repentina-, el hombre de quien habláis no es un hereje: es un astrólogo de la más alta ciencia. No practica ninguna magia y lee en las constelaciones los destinos humanos con tal habilidad, que los acontecimientos de la vida parecen someterse a decisiones escritas en los cielos. No hay en sus trabajos nada que no sea digno de un hombre honrado y de un buen cristiano, y ya sabéis tan bien como yo que el príncipe, que es el católico más ortodoxo del reino, consulta asiduamente los astrólogos, como lo hicieron en todos los tiempos los personajes más ilustres, o incluso las cabezas coronadas.

-No sé de dónde sacáis lo que decís, señor -contestó el consejero encogiéndose de hombros-. He vivido y vivo en la intimidad del príncipe y no le he visto nunca dedicarse a tales consultas.

-Y sin embargo, señor -prosiguió el marqués con seguridad-, tengo la corteza de que no censuraría las de mi amigo, y os ruego lo digáis que si quiere probar su sabiduría quedará satisfecho.

-El príncipe se reirá de vuestra confianza; pero no me opongo a hablarle de ello. Pensemos en lo más urgente, que es sacaros del atolladero. No os ocultaré que tengo orden de practicar un registro en vuestra casa.

-♦Un registro? -repitió el marqués estupefacto-. ♦Y con qué objeto, señor?

-Con el objeto de comprobar precisamente si no tenéis libros e instrumentos de cábala; porque estáis acusado de practicar la magia, menos por la diversión de calcular los números y de observar los astros que por afinidades sospechosas y una especie de culto rendido al espíritu del mal.

-❖Verdaderamente, señor consejero, me teníais reservada una buena noticia! ❖No me acusan de algo más y no tendré que defenderme contra algo peor?

-No lo toméis conmigo -dijo el consejero levantándose-. No os creo culpable de semejantes horrores; por lo mismo, os aconsejo que me enseñéis vuestra casa detalladamente, a fin de que yo pueda afirmar y jurar que no he encontrado en ella nada que no sea honrado y correcto. Pensad que puedo obligaros a obedecerme; pero como quiero portarme cortésmente con vos, os ruego que toméis una antorcha y me alumbréis vos mismo, sin llamar a nadie de los vuestros, porque yo me vería forzado a llamar a todos los míos, y tengo intención de no llevar consigo más que a los cinco o seis que están ante la puerta de esta habitación.

Un rayo de luz cruzó la mente del marqués; lo que querían era su tesoro.

Se resignó en el acto. Aunque amase aquellos lujosos juguetes, que consideraba como trofeos legítimos y recuerdos agradables de sus antiguas proezas, no era por avaricia, y aun lamentando el no poderlas poner por más tiempo al servicio del lujo de su querido Mario, no vaciló entre este sacrificio y la salvación de Lucilio, que le preocupaba mucho más que la suya propia.

-❖Sea como queráis, señor! -dijo con una sonrisa magnánima-. ❖Por dónde queréis empezar?

El consejero recorrió el salón con una mirada.

-Tenéis aquí -dijo con soltura- muchas cosas bonitas y valiosas, pero no veo nada censurable; aunque comprendo que no instalaréis vuestras brujerías en salas abiertas a cualquiera. Me han hablado de una habitación cerrada, que llamáis vuestro almacén, en la que no admitís a todo el mundo. Ahí es donde deseo ir y donde debéis conducirme sin resistencia ni engaño; porque, aparte de que poseo el plano de vuestra casa, que no es grande, tengo el medio de revolver todo en ella, y lamentaría tener que llegar a tales extremos.

-No será necesario -dijo el marqués cogiendo una antorcha-; heme dispuesto a satisfaceros. ♦ Ah! -añadió, deteniéndose-, pero no tengo las llaves de esa habitación y no puedo franquear la entrada sin la ayuda de mi viejo criado. ♦ Consentís en que le llame?

-Le haré venir -dijo el consejero abriendo la puerta.

Y dirigiéndose a sus gentes, que estaban en el umbral, les dijo:

-Que uno de vosotros obedezca a monsieur de Bois-Doré. Dad vuestras órdenes, marqués. ♦ Cómo se llama vuestro criado?

El marqués, al sentirse minuciosamente vigilado y completamente a merced de su huésped, se resignó y, sin mostrar un despecho inútil, se disponía a nombrar a Adamas, cuando vio la cara de éste aparecer detrás de las de los piqueros que guardaban la puerta.

-Adamas -le dijo-, traedme las llaves del almacén.

-Sí, señor -contestó Adamas-; las tengo encima; helas aquí; pero...

-Entrad -dijo el consejero.

Y cuando Adamas hubo obedecido, añadió:

-Dadme las llaves y quedaos en esta habitación.

Adamas parecía estar trastornado. Registró en el bolsillo de su jubón y, dominado por una preocupación singular, contestó al consejero:

-Si, Sire.

Al oír estas palabras, el consejero, como presa de un vértigo y abandonando su aire frívolo, dio un salto y cerró precipitadamente la puerta, que se había quedado abierta.

-❖Con quién creéis hablar? -exclamó-. ❖Y por qué me llamáis así?

Adamas quedó como aturdido y su turbación era sumamente extraña.

El marqués había visto al rey demasiadas veces cuando era niño, y retratos que se habían hecho de él, para creer un solo momento que el personaje que estaba ante él fuese el joven rey Luis XIII. Pensó que su pobre Adamas era presa de un acceso de locura.

-❖Contestad! -prosiguió el consejero con impaciencia-. ❖Por qué me dais el tratamiento de Majestad?

-No sé, señor -contestó el astuto Adamas-. No sé ni lo que digo ni dónde estoy. Tengo la cabeza trastornada por una sorprendente nueva que acabo de saber y que os pido permiso para decir a mi amo.

-❖Decid! ❖Hablad! ❖Vamos! -exclamó el consejero con un tono de autoridad extraordinaria.

-Pues bien, señor -dijo Adamas dirigiéndose al marqués, sin parecer advertir la agitación del consejero-. Sabed que el rey ha muerto.

-♦El rey ha muerto! -exclamó de nuevo monsieur Lenet, precipitándose otra vez hacia la puerta como para salir sin despedirse de nadie.

Pero se detuvo con desconfianza.

-♦Cómo os habéis enterado de esa noticia?- preguntó, examinando a Adamas con ojos ardientes.

-Por las decisiones del destino... Por el mismo cielo -contestó Adamas con un aire inspirado.

-♦Qué quiere decir este hombre? -preguntó monsieur Lenet-. Quiero que se explique, monsieur de Bois-Doré, ♦oís?, lo quiero, y si me da una noticia falsa, ♦pobre de él y pobre de vos!

-Real o falsa, señor -repuso el marqués, atento a la emoción de su huésped-, la noticia me sorprende y me conmueve tanto como a vos. Explícate, Adamas: ♦cómo sabes que el rey ha muerto?

-Lo sé por el astrólogo, señor. Me ha enseñado los números y yo los conozco. He visto, he comprendido, he leído claramente que el personaje más poderoso del Estado acaba de morir.

-♦El personaje más poderoso del Estado! -dijo, el consejero pensativo-. ♦Puede que no sea el rey!

-Tenéis razón, monseñor -dijo Adamas con aire ingenuo-; puede que sea el señor condestable. Yo no conozco bastante los signos... he podido equivocarme...; pero, en fin, se trata del rey o de monsieur de Luynes; ♦respondo de ello con mi vida!

-¿Dónde está ese astrólogo? -preguntó vivamente el consejero-. ¿Que venga!
¿Quiero verle!

-Sí, Sire -contestó Adamas corriendo hacia la puerta, siempre con zozobra y turbación.

-Esperad -dijo Lenet deteniéndole-. Quiero saber por qué me llamáis así. ¿Decidlo u os rompo la cabeza!

-¿No, por Dios, señor! -exclamó Adamas-. ¿No veis que he perdido mi cabeza? Esta palabra viene a mis labios no sé cómo. Tan cierto como Dios está en el cielo os aseguro que es la primera vez que veo vuestra cara. ¿Debo ir a buscar al astrólogo?

-Sí, corred, y ¿pobres de vosotros si hay aquí un engaño o una trampa! ¿Prendo fuego a vuestra casucha!

Bois-Doré no podía hacer más que protestar de su perfecta ignorancia. No comprendía una palabra de la conducta de Adamas, que le tenía muy intranquilo.

Se daba cuenta de que su fiel servidor había oído la conversación que acababa de tener con el consejero, y que utilizaba, para salvar a Lucilio, el medio que a él se le había ocurrido de hacerle pasar por astrólogo, conociendo, como todo el mundo, el respeto que sentía el príncipe de Condé hacia la supuesta ciencia de los adivinos. ¿Pero se prestaría el grave Lucilio a semejante comedia? ¿Sabría representar su papel?

¿En fin -pensaba Bois-Doré-, contemos con la Providencia y con el genio de Adamas! No se trata más que de hacer que el enemigo salga de aquí sin apoderarse de la persona de mi amigo y de la mía. Ya nos ocuparemos luego de nuestra seguridad.¿

ArribaAbajo

- XLIII -

Al poco rato apareció Lucilio con Adamas.

Estaba tranquilo, como siempre. Saludó ligeramente al consejero, profundamente al marqués, y presentó a este último un papel cubierto de jeroglíficos.

-❖Ay!, amigo mío -dijo Bois-Doré-, no entiendo una palabra de esto.

-❖Hablad! -exclamó Lenet al mudo; éste le hizo señas de que le era imposible-.
❖Escribid, al menos!

Lucilio se sentó y escribió:

❖Aquí no debo obediencia más que al marqués de Bois-Doré; no os conozco. Salid de esta habitación; no escribiré delante de vos.❖

-❖Sí, vive Dios! -exclamó el consejero fuera de sí-. ❖Quiero saberlo todo y contestaréis!

-Perdonadle, señor -dijo Adamas-. Como todos los grandes sabios, es muy raro y muy fantástico. Si queréis que revele sus secretos, habladle con dulzura.

-❖Quiere dinero? -preguntó el consejero-. Lo tendrá; que hable.

Lucilio movió negativamente la cabeza.

El consejero parecía estar sobre ascuas.

-Veamos -dijo después de un momento de silencio agitado-. Tengo que saber si sois un sabio o un loco. Mirad mi mano y decidme algo.

Lucilio miró la mano del consejero, se levantó, enseñó sus jeroglíficos a Adamas y le hizo seña de que hablara por él.

-Sí, ya lo veo -dijo Adamas -; estos signos dicen que hay un hombre, un príncipe, que quiere para sí la corona de Francia. ♦Pero dónde está el hombre que tiene esta seña en la mano? Yo no le conozco.

Lucilio indicó la mano del consejero.

♦Pues quién soy yo? -preguntó éste sorprendido.

Lucilio escribió tres palabras que el consejero leyó solo, con emoción. La expresión de su rostro cambió y su tono se suavizó.

-♦Y el rey ha muerto? -dijo temblando, no sabemos si de terror o de alegría-. Ya veis que debéis contestarme.

Lucilio escribió:

♦El rey está bien. Pero monsieur de Luynes ha muerto ante un resplandor de llamas el 15 de este mes a las once de la noche.♦

Apenas el supuesto consejero Lenet hubo leído estas palabras, sin demostrar duda alguna, se caló el sombrero, se precipitó escaleras abajo, y sin pronunciar más palabras que las de ♦♦En marcha!♦, que dirigió a sus gentes, montó a caballo y partió a rienda suelta con todo su séquito, sin pensar en dar a los habitantes de Briantes ni las gracias, ni una excusa, ni una promesa, ni una amenaza.

Adamas, el marqués y Lucilio, que lo habían acompañado en silencio hasta la última puerta para cerciorarse de que no quedaba nada sospechoso en el castillo ni en el pueblo, volvieron a la sala, donde hallaron a Lauriana y a Mario.

Estaban todos tan emocionados, que permanecieron unos minutos sin decir nada.

Por fin, el marqués rompió el silencio.

-♦Entonces era el príncipe?

- Sí -dijo Lauriana-; le vi en Bourges hace tres meses, y al pasar por aquí para saludarle le he reconocido en seguida. Y vos, marqués, ♦es que no lo habíais visto nunca?

-En París, una o dos veces, en su adolescencia; pero no le había vuelto a ver desde entonces. Sin embargo, cuando nombró al príncipe de Condé y pretendió ser adicto a su persona, supuse quién era el falso consejero Lenet y a cada momento me cercioraba más de que me las tenía que haber con el amo en persona. Por eso he tenido tanta paciencia. ♦Bien hice, Dios mío! ♦Pero cómo es que habéis imaginado?...

-Monsieur de Luynes ha muerto, efectivamente, de fiebre roja, el 15 de este mes, mientras que los ejércitos del rey saqueaban e incendiaban la plaza de Monheur, en la Garonne. He aquí una carta de mi padre que me lo anuncia; uno de sus criados, que ha llegado como mensajero precisamente detrás del séquito del príncipe, ha podido hacer que llegue sigilosamente a mis manos por medio de Clindor.

-♦Es una gran noticia, hijos míos, y que va a trastornar una vez más la política! ♦Pero quién de vosotros es el que ha tenido la ocurrencia?...

-Yo, señor -dijo Adamas con aire triunfante-. Tan pronto como madame Lauriana dijo ♦el forastero que está encerrado con el señor marqués es el príncipe♦ nos ocultamos los cuatro en ese pasillito que ya sabéis.

-Estábamos intranquilos por vos -dijo Mario-, a causa de ese gran séquito de hombres que parecía desconfiar y amenazar. Adamas ha inventado de pronto lo que ha hecho y lo que ha dicho.

-Maese Jovelin no tenía muchas ganas de prestarse a ello -añadió Adamas-; pero era menester salvaros, no se podía vacilar, y ha representado su papel con habilidad, ♦verdad, señor? Ahora su fortuna está asegurada, y si quiere reemplazar, o al menos igualar en los favores del príncipe a su famoso astrólogo, el que le predijo que llegaría a ser rey de Francia a los treinta y cuatro años...

-He notado -dijo el marqués a Jovelin- que no quisisteis tomar la responsabilidad de hacerle semejante promesa. Sólo le habéis dicho que tiene esa ambición. Pero ahora, ♦qué debemos hacer, amigos míos? Porque ya habéis visto que nos han hecho traición y que corremos peligros en los que no habíamos pensado.

-Debemos permanecer tranquilos y no hacer nada -contestó Lauriana resueltamente-. A estas horas el príncipe galopa por la carretera del Mediodía y no volverá a pensar en nosotros en mucho tiempo.

-Verdad es -dijo Bois-Doré- que devorará leguas y leguas para llegar el primero junto al rey y apoderarse del poder de que gozaba monsieur de Luynes. ♦Mucho va a tener que luchar! Retz, Schomberg y Puisieux querrán su parte, sin contar con que la reina madre y su obispillo de Luzón les darán bastante que hacer. ♦Vaya! Nuestros asuntos han dejado, por

ahora, de preocupar a nuestro buen príncipe y acaso no vuelva a ocuparse de nosotros.
❖ Con tal de que no haya dado orden en contra nuestra antes de venir aquí!

-No, señor; no hay peligro -dijo Adamas-. Quería vuestro tesoro; han debido de describírselo con gran aumento para que un príncipe tan rico nos haga el honor de venir aquí. Ya estamos advertidos y sabremos ocultar nuestro pequeño bien y dejar cofres llenos de desechos a la disposición de los curiosos. Mantendremos en buen estado la salida secreta del castillo y desconfiaremos de las gentes que vienen a buscar un refugio contra la lluvia. Pero tened la seguridad de que, como no reaparezca el príncipe en persona, no aparecerá nadie, porque si ha dado órdenes será para que nadie venga a poner la mano en un plato sobre el que él ha extendido su garra maestra.

El razonamiento de Adamas era muy justo; concluyó profiriendo mil maldiciones contra la Belinda, única persona que podía haber sorprendido y divulgado el verdadero nombre de maese Jovelin, la muerte de Alvimar y la existencia del tesoro.

Decidieron consultar a Guillermo de Ars acerca de si convenía callar o proclamar la muerte de Alvimar, y con tal objeto el marqués fue a visitarle al día siguiente por la tarde.

Guillermo había salido y no debía volver hasta la noche.

El marqués envió un mensajero a Briantes para que no se preocupasen si llegaba tarde, y fue a casa de monsieur de Robin de Coulogne, que se hallaba por aquel entonces de paso en su finca de Coudray, una capitanía encantadora situada en las alturas de Verneuil, a una legua aproximadamente del castillo de Ars.

Robin, vizconde de Coulogne, recaudador general en Berry y arrendatario general de las gabelas, era uno de los enemigos naturales del ex falso salinero Bois-Doré, y, sin embargo, les unía una amistad estrecha desde el asunto de Florimond Dupuy, señor de Vatan.

Los que conocen la historia del Berry, recordarán que, en 1611, el tal Florimond Dupuy, gran hugonote y gran contrabandista, había raptado, por odio a la gabela, a uno de los hijos

de monsieur Robin. El marqués trabajó generosa y personalmente para devolver el niño a su padre, con riesgo de reñir con Florimond, que, según opinión de sus amigos y de sus enemigos, era ♦un personaje de trato muy difícil♦.

Después de aquella aventura, la rebelión tomó proporciones tan graves, que para reducir a monsieur Dupuy en su castillo fue menester mandar contra él mil doscientos hombres de infantería, una compañía de suizos y seis cañones.

Veintinueve de sus soldados fueron ahorcados en el acto en los árboles vecinos, y a él le cortaron la cabeza en la plaza de Grève. El hijo de Robin fue más tarde abate de Sorrèze. Monsieur Robin padre siguió siendo ya siempre el deudor agradecido y fiel de monsieur de Bois-Doré, y puede suponerse que gracias a su amistad fue como el marqués evitó el ser molestado por sus antiguos actos de complicidad en los delitos de falsa gabela.

Bois-Doré confió a su fiel amigo parte de los disgustos con que se había visto amenazado con la visita del príncipe, y le confesó que estaba preocupado principalmente por el buen Lucilio, a quien los celosos beatos del país veían con hostilidad alojado en su casa.

-Vuestros temores me parecen exagerados -le dijo el vizconde-; monsieur de Groot, a quien los sabios llaman Grotius, y que estaba condenado en su país a cadena perpetua, ♦no acaba de evadirse oculto en un cofre, merced al gran corazón y al genio de su mujer? Se ha refugiado en París, donde nadie le molesta, ni le persigue; ♦por qué no había de gozar vuestro italiano los mismos privilegios en Francia?

-Porque el gobierno francés, que no tiene interés en disgustar a los gomaristas de Holanda y a Maurice de Nassau, se mostrará celoso por agradar al Papa, martirizando a una de sus víctimas. Campanella lleva veinte años en la cárcel, y aunque en Francia se le compadezca y se le aprecie, no se hace nada para librarle de sus verdugos. ♦Es de suponer que no darían asilo a mi fugitivo!

-Acaso tengáis razón -repuso monsieur de Coulogne-. Pues bien; apruebo la idea de la evasión de vuestro amigo al menor peligro que os amenace; pero me parece que deberíais buscarle un asilo donde pudiese refugiarse en caso de alarma. ♦Habéis pensado en ello?

-Sí -contestó el marqués-, y os quiero consultar sobre este punto. Poseéis cerca de aquí un viejo castillo deshabitado y que me ha parecido muy habitable todavía, aunque nunca haya entrado en él. Está lo bastante cerca de mi casa para que un hombre, apresurándose, pueda llegar hasta él en una hora. Esa ruina está próxima a un pequeño cortijo que os pertenece, y si dierais órdenes a los granjeros, estarían dispuestos en cualquier caso a ocultar y a mantener a mi pobre fugitivo. ♦Queréis hacerme este gran favor?

-Marqués -contestó el vizconde-, pedidme la vida si queréis; es vuestra. Con mayor razón están a vuestro servicio mis bienes, mis gentes y mis casas. Pero dejadme reflexionar sobre la conveniencia del lugar que habéis escogido. ♦Se trata de mi viejo castillo de Brillbault?

-♦Justamente!

-Pues bien; veamos. Está muy aislado y los caminos que a él conducen son detestables; eso está bien. No está al paso de ninguna ciudad ni burgo; mejor que mejor. El lugar me pertenece y el prebostazgo no se atrevería a entrar. Además, esa ruina tiene fama de estar frecuentada por los espíritus más quejumbrosos y más traviesos del mundo, y por lo mismo ningún aldeano merodeador tiene curiosidad por entrar, y ningún viajero por detenerse. Tanto mejor también. Vaya, veo que escogéis bien, y quiero ir con vos esta misma noche para dar al granjero las órdenes necesarias.

Bois-Doré, después de reflexionar por su cuenta, juzgó que más le valía ir solo para no despertar las sospechas.

-Vuestros cortijeros no me son desconocidos -dijo-. Antaño fueron clientes míos, para... ♦para lo que ya sabéis!

-♦Sí, sí, mal hombre! -dijo el vizconde riendo-. ♦Por mediación vuestra han tenido la sal a buen precio! Pues bien; tomad ese camino al marcharos; las aguas no están todavía crecidas y podréis pasar sin peligro. Diréis, como al azar, a Juan Paraudet, el cortijero, que venga a verme mañana por la mañana muy temprano; echad una mirada a la casa y fijaos bien en los alrededores para poder dar detalles precisos a vuestro amigo; y aun creo que haría bien en ir él mismo secretamente la noche próxima para conocer los caminos y las entradas. Así, si llegase el caso de tener que ir a refugiarse allí, podría hacerlo sin perderse ni equivocarse.

-Queda convenido -dijo el marqués-, y recibid mil gracias por el sosiego que dais a mi espíritu.

El vizconde invitó al marqués a cenar; luego, al cerrar la noche, Bois-Doré subió a su carroza y tomó de nuevo el camino de Ars, que no era mejor que el de Brilbault, pero no quería exhibir su carroza, que llamaba siempre la atención, en las proximidades de aquella ruina.

Más cauto de lo que monsieur Robin le había aconsejado que fuese, echó pie a tierra a un cuarto de legua del lugar que quería visitar; mandó a sus gentes que se fuesen sin apresurarse a Ars, o internándose en uno de los mil senderos que monsieur de Coulogne no había acaso pisado en su vida, pero que el viejo contrabandista conocía tan bien como los de su conejera, alzó sus altas botas hasta por encima de las rodillas y desapareció entre los prados húmedos.

ArribaAbajo

- XLIV -

La noche era bastante tibia y no muy sombría, a pesar de los grandes nubarrones negros que el viento barría, abriéndose en el cielo anchos boquetes llenos de estrellas, que se cerraban de pronto y se volvían a abrir más lejos.

Dícese que nuestros abuelos hidalgos o burgueses eran, sin duda alguna, más robustos que lo somos nosotros generalmente, y que, en cambio, nuestros abuelos obreros y aldeanos lo eran mucho menos.

Tal es la creencia de los ancianos de mi país, y a mí me parece fundada; las gentes acomodadas tenían costumbres de vida al aire libre, de que nos priva la vida moderna. Las clases pobres estaban peor alojadas y peor nutridas que hoy, sin contar la inmensa cantidad de desdichados que no tenían albergue ni nutrición. El hidalgo, dada su vida de guerra o de caza, conservaba la fuerza y la salud hasta una edad muy avanzada.

Bois-Doré, a pesar de sus sesenta y nueve años y de la relativa holgazanería de sus costumbres, conservaba una buena vista, el pecho fuerte y el pie bastante firme, tanto sobre la tierra dura como sobre el césped mojado.

Tuvo alguno que otro resbalón a lo largo de los matorrales, pero se agarró a las ramas como hombre que sabe andar por terrenos accidentados.

Gracias a la pequeña carrera que había emprendido, llegó en diez minutos al cortijo de Brilbault.

Como conocía el carácter asustadizo y supersticioso de los aldeanos, tosió y habló antes de llamar a la puerta; luego dio su nombre y fue acogido, si no sin sorpresa, al menos sin sobresalto.

La condición de los labradores era todavía entonces muy miserable; pero lo era menos, moralmente hablando, en el Berry, que era desde hacía largo tiempo un país alodio, que en las provincias en donde el yugo feudal era absoluto. Además, en esta parte, llamada la Vallée-Noire, los recursos materiales han asegurado siempre al granjero, al aparcero, un bienestar relativo, que le ha preservado de los grandes desastres y de las grandes epidemias.

En aquella época las leproserías estaban ya vacías; la peste, tan frecuente aún en la Brenne y en los alrededores de Bourges, sólo hacía muy raros estragos en el Fromantal. Las

casas, sórdidas e infectas en la Marche y el Bourbonnais, eran en nuestra provincia sólidas y bien dispuestas, según lo prueban un gran número de viejas casas rústicas. de los siglos XV y XVI, que permanecen aún en pie, fácilmente reconocibles por sus enormes tejados, sus puertas encuadradas por piedras talladas en forma de prisma y sus buhardas rematadas por gruesas espigas de barro cocido, muy historiadas.

Por lo tanto, el marqués pudo entrar sin repugnancia en la casa de los granjeros, sentarse ante el hogar y conversar algunos momentos.

El buen señor, a quien todo el mundo amaba, pudo sin temor confiar a Juan Faraudet y a su mujer el cuidado eventual de un amigo suyo perseguido, según dijo, por un delito de caza, y cuando les anunció que el amo, monsieur Robin, deseaba verles a la mañana siguiente, para darles las órdenes consiguientes, se mostraron encantados y presurosos de obedecer, contestando con la palabra sacramental de buen deseo y de buena gracia en aquel país: ♦ Todo se hará. ♦

Pero la mujer de Faraudet, a la que llamaban la Gran Catalina, no pudo menos de compadecer al infeliz condenado a pasar siquiera una noche en el castillo de Brilbault.

Creía firmemente que estaba embrujado, y su marido, después de burlarse de ella para adular el escepticismo del marqués, acabó por confesar que hubiera preferido morir antes de poner los pies allí una vez llegada la noche.

-Espero -dijo Bois-Doré- que la presencia de mi amigo os tranquilizará, porque os respondo de que él ahuyentará a los malos espíritus; pero ya que el entrar de día no os da tanto miedo, os ruego que mañana mismo vayáis a poner leña en la chimenea y dispongáis una cama en la mejor habitación.

-Pondremos todo lo que haga falta, querido señor -contestó la Gran Catalina-; pero el desgraciado que vaya a dormir allí no podrá pegar el ojo. ♦ Dios mío!, oirá ruidos como nosotros los oímos y como vos los oiréis si queréis esperar sólo una hora.

-No puedo esperar -dijo el marqués-, y además, sabiendo que estoy aquí, los espíritus no se atreverían a moverse. Conozco bien su cobardía; nunca he logrado en las noches de Navidad oír las voces que gritan desde lo alto de la torre de Briantes, ni las puertas que se abren solas, en la Motte-Seuilly, ni la dama blanca que aparta las cortinas de las camas en el castillo de monsieur de Ars.

-Es una cosa extraña, monsieur Silvain -dijo el granjero con un aire doctoral-, que haya apariciones en nuestro viejo castillo. Sabido es que las puede haber en los demás, porque en cualquiera de ellos se ha cometido o sufrido alguna mala acción; esto es causa de que las pobres víctimas vuelvan a lamentarse como almas que piden oraciones o justicia. Pero en el castillo de Brilbault, que nunca fue habitado, no se ha cometido nada bueno ni malo, que yo sepa.

-Es de sospechar -dijo la mujer, que mientras hablaba manejaba hábilmente su rucaca- que el antiguo señor habrá muerto lejos de mala muerte o en pecado mortal. ♦Conocéis la leyenda de Brilbault? No es larga. Un señor, después de edificar este castillo hasta el techo, marchó hacia Tierra Santa con sus siete hijos; ni él ni ninguno de ellos ha vuelto. Se vendió el castillo y se volvió a vender sin que acabase de gustar a nadie. Se suponía que traía desgracia a las familias; por esto en todo tiempo no ha servido más que para guardar las cosechas. Se le ha puesto un techo que ya no sirve; pero todavía hay dos buenas habitaciones y una sala tan grande, tan grande, que desde un extremo al otro dos personas casi no se reconocen.

-♦Podéis confiarme las llaves? -dijo el marqués-. Quisiera ver el interior.

-Tomadlas. ♦Pero monsieur Silvain de mi alma, no vayáis! Es la hora en que el aquelarre suele empezar.

-Pero, vamos a ver, buenas gentes, ♦qué aquelarre es ese? -preguntó el marqués riendo-. ♦Cómo son esos malos diablos?

-No los he visto, señor, ni deseo verlos tampoco -contestó el granjero-; pero los oigo. ♦Demasiado que los oigo! Unos gimen y otros cantan. Hay risas, y luego gritos y

juramentos y llantos hasta el alba; entonces todo vuela por los aires, porque la casa está bien cerrada y ningún ser humano podría entrar sin mi permiso o mi ayuda.

-♦No serán vuestros criados por divertirse, o algún ladrón para impedir que sorprendáis sus fechorías?

-No, señor, no; nuestros criados y sirvientes tienen tanto miedo, que por todo el oro del mundo no conseguiríais que se acercasen al castillo a una distancia de dos tiros de arcabuz, después de ponerse el Sol, y hasta podéis ver que ya no duermen en nuestra casa, porque dicen que está demasiado cerca de ese edificio maldito. Todos duermen en la granja que hay allí al final del patio.

-Tanto mejor para el secreto de nuestra entrevista -dijo el marqués-, pero acaso tanto mejor también para los que hacen de fantasmas, sin más objeto que el de robaros.

-♦Y qué podrían robar, monsieur Silvain? No hay nada en el castillo. Cuando he visto que el diablo encendía luces he tenido miedo del fuego y he retirado toda mi cosecha, salvo algunos montones de leña y una docena de haces de heno y de paja para no llamar su atención, porque, según dicen, a los espíritus les gusta retozar en los bosques y en el forraje; y así debe de ser, porque todo lo revolvían y yo encontraba huellas de pasos: como si cincuenta seres humanos hubieran pasado por allí.

El marqués sabía que Faraudet no mentía y sabía que era incapaz de inventar nada para excusarse de hacerle un favor. Empezó a pensar que si en el viejo castillo se veían luces, se oían voces, y, sobre todo, si pies y cuerpos desarreglaban el forraje, había en tales hechos más realidad que brujería, y que el castillo, en el que el cortijero y su mujer acabaron por confesar que no se habían atrevido a entrar desde hacía más de seis semanas, podía muy bien servir de refugio a algunos fugitivos.

♦Bien sean dignos de interés o malhechores, los quiero ver♦, pensó.

Y sujetando bajo un brazo su espada desenvainada, llevando en una mano las llaves del castillo y en la otra una linterna, se dirigió a través de los prados hacia el silencioso recinto en ruinas.

Faraudet, viendo que su mujer se lamentaba por el atrevimiento del buen señor, se avergonzó de dejarle ir solo y se decidió a seguirle.

Pero cuando el marqués franqueó el puente, vio que el pobre aldeano temblaba de tal manera, que temió que un hombre tan trastornado le sirviese más bien de estorbo que de ayuda y le rogó que no siguiese adelante.

La mayoría de los castillos de la Vallée-Noire, incluso los de la primera época de la Edad Media, están situados en lo más hondo de los valles, en lugar de estar en las alturas, como en la Marche y el Bourbonnais. La razón de esta anomalía es muy plausible.

En un país que no presenta escarpaduras considerables, hubo que utilizar los ríos como principal medio de defensa.

Lo mismo en Brilbault que en Briantes, en la Motte-Seuilly, en Saint-Chartier, en la Motte de Presles, etc..., el castillo se había edificado en medio de los meandros de un río capaz de alimentar con sus aguas corrientes el doble foso circular de las murallas.

El puente que da acceso a la primera de estas murallas es muy estrecho y sus arcos oscilan entre el medio punto y la ojiva.

Todo el castillo pertenece a una arquitectura de transición; la fachada tiene una forma extraña; la puerta y las ventanas se hallan profundamente embutidas en el macizo general, como para ampararse contra los ataques exteriores.

La construcción ha quedado sin terminar y está truncada por un techo desproporcionado con el resto del edificio, que revela un propósito bastante grandioso a medio realizar.

El marqués llegó en un momento al pie del castillo; las murallas estaban tan ruinosas y tenían tantas brechas, los fosos estaban tan colmados en mil sitios, que no era necesario buscar las puertas.

Abrió sin ruido la del castillo, que era pequeña y baja, con un arco rampante, sobre el que había una ojiva florida.

Una vez allí, abrió a medias su linterna para ver dónde pisaba, porque el cortijero lo había advertido que la escalera era peligrosa.

ArribaAbajo

- XLV -

Esta escalera en espiral es muy hermosa, tan ancha que seis personas pueden pasar por ella a la vez, y tan ligera como el varillaje de un abanico. Está hecha con una piedra blanca bastante friable; muchos peldaños se hallan completamente rotos por la caída de algún trozo de la parte superior del edificio; pero los que quedan parecen haber sido recientemente tallados y no tienen huella de haber sido usados. De trecho en trecho aparece en el muro una cabeza grotesca, un bicho fantástico o un medio cuerpo de hombre armado.

El marqués se entretuvo en mirar aquellas caras que parecían agitarse bajo la luz vacilante de su linterna.

Subía lentamente, aprovechando cada descanso para escuchar; como no se oía más ruido que el que producía el viento en el tejado, y como las puertas de las salas ante las que pasaba estaban cerradas con candado, dudaba cada vez más de que allí hubiera ninguna clase de habitantes. Llegó hasta el último piso, donde estaban situadas las dos habitaciones antiguamente destinadas al castellano.

En la Edad Media era costumbre vivir bajo el tejado y partir la escalera para, en caso necesario, sostener un sitio hasta en las propias habitaciones; frecuentemente, al construir un castillo se dejaba la escalera sin terminar y el dueño subía a su cuarto por medio de una escalera de mano, que retiraba por la noche. Otras veces, los peldaños del último piso eran intencionadamente tan endebles, que bastaban unos ligeros golpes para partirlos.

Tal era el caso en el castillo de Brilbault; pero las roturas provenían, según ya hemos dicho, de accidentes casuales, y el marqués, gracias a sus largas piernas, pudo salvar los obstáculos sin gran peligro.

Las dos habitaciones de que el granjero le había hablado eran las que debía, en caso necesario, habitar Lucilio. El primer movimiento de Bois-Doré fue entrar para ver si había cristales o, por lo menos, maderas en las ventanas, porque todas las de la escalera, estrechas y profundas, con su banco de piedra colocado en el alféizar, dejaban pasar impetuosas bocanadas de aire, contra las que a duras penas pudo defender la luz de su linterna.

Pero en el momento en que se disponía a abrir las puertas de las habitaciones señoriales, cuyas llaves llevaba consigo, el marqués vaciló.

Si el castillo servía de refugio a alguien, debía de estar allí, y, sorprendido, no aguardaría explicaciones. Por lo tanto, la exploración requería cierta prudencia. El marqués ni creía en los espíritus ni temía a los vivos, porque no abrigaba malas intenciones contra nadie. Si algún desdichado se hallaba oculto allí, fuese quien fuese, estaba decidido a dejarle tranquilo y no revelar el secreto que pudiese sorprender.

Pero el primer momento de terror del refugiado podía ser hostil. El marqués no había hecho ningún ruido perceptible al entrar ni al subir, puesto que nada se movía. Tenía que cerciorarse de la verdad, a ser posible sin dejarse ver ni oír, o al menos sin presentarse bruscamente.

Con este objeto entró en una sala sin puertas, cuyas ventanas estaban todas tapadas con tablas o con paja, y donde, por consiguiente, reinaba la más profunda obscuridad. Una capa

de polvo y de cemento pulverizado cubría el suelo en tal espesor que amortiguaba el ruido de los pasos como si se anduviese sobre ceniza.

Bois-Doré anduvo largo rato sin ver más que lo justo para guiarse. Había cerrado su linterna, que no tenía cristal, sino un medio cilindro de hierro forjado lleno de agujeritos, según la costumbre del país. No se atrevió a volverla a abrir hasta que llegó al extremo del inmenso local y después de cerciorarse de que se hallaba en un local absolutamente tranquilo y silencioso.

Entonces dejó la luz ante él, en el suelo, y retrocedió, hasta una vasta chimenea que había cerca.

Desde allí fue acostumbrando sus ojos a la claridad de la linterna, insuficiente para un espacio tan amplio, y llegó a distinguir una sala que ocupaba el piso entero.

Examinó la chimenea en que se encontraba. Era de piedra blanca, y los zócalos angulares que penetraban en el muro tenían los salientes tan nuevos, que parecían haber sido tallados la víspera. Ni el marco, ni el escudo, virgen de armas, que coronaba la campana tenían desconchaduras ni manchas, de ninguna clase, ni el hueco mismo de la chimenea, ni el hogar sin revestir tenían huellas de lumbre, de humo ni de ceniza. Era evidente que el edificio no había sido terminado ni había servido nunca. Nadie había habitado, nadie habitaba aquella sala fría y desnuda.

Después de asegurarse de esto, el marqués se atrevió a acercarse para ver por qué razón una barrera de tablas, a la altura de su pecho, cortaba transversalmente la enorme nave hacia el centro. Al llegar allí encontró el vacío ante él. El entarimado se había caído o había sido suprimido, así como el de los pisos inferiores, en toda la mitad del edificio, acaso para que se pudiera entrojar más fácilmente las cosechas.

La mirada se perdía en las tinieblas de un local que parecía tan grande como una iglesia.

Hacía unos instantes que Bois-Doré permanecía en aquel sitio, intentando darse cuenta del conjunto, cuando desde las profundidades, que su mirada interrogaba en vano, subió hasta él una especie de gemido.

Se estremeció, cerró su linterna y la ocultó detrás de las tablas, contuvo su respiración y aguzó su oído, que era algo duro y podía engañarle.

❖Sería alguna puerta o alguna madera empujada por el viento?

No hacía tres minutos que esperaba, cuando el mismo gemido se repitió aún más distinto, y al mismo tiempo le pareció que un débil rayo de luz, partiendo de una gran distancia bajo sus pies, iluminaba aquel fondo de edificio que, por relación a él, era literalmente un abismo.

Se arrodilló para no ser visto y miró a través de las tablas que le servían de balaustrada.

La claridad aumentó rápidamente y pronto fue bastante viva para permitirle ver, o mejor dicho adivinar, en una vaguedad de sombra y de luz mezcladas, el fondo de una sala de la planta baja, tan vasta como la habitación en que se encontraba, pero que antes del desmoronamiento de los pisos intermedios había debido de ser mucho más alta, según podía juzgar por el nacimiento de las nervaduras de la bóveda sostenidas por zócalos llenos de bichos y personajes fantásticos, mayores y más salientes que los que había visto en la escalera.

Como único mobiliario veíanse unos montones de forraje seco y unas tablas colocadas hacia el fondo, a modo de barreras, con restos de pesebres. Aquella planta baja había servido durante mucho tiempo de establo para los bueyes. Entre las tablas se distinguían restos de yugos y de arados. Después todo volvió de nuevo a la sombra, y la claridad, al elevarse, fue a dar en el muro que formaba toda la fachada del edificio y que el marqués veía de frente en una extensión de cuarenta pies aproximadamente.

Aquella luz, unas veces rojiza y otras lívida, partía de un fuego invisible, colocado bajo la bóveda de la planta baja, es decir, en la parte que no estaba en ruinas, del lado desde donde el marqués observaba aquel cuadro sombrío y cambiante.

De pronto se produjo bajo la bóveda un ruido de puertas, de pasos y de voces, y una confusión de sombras movedizas y agitadas, unas inmensas, otras rechonchas, se dibujó sobre el muro de la manera más extraña, como si un gran número de personas, yendo y viniendo ante una gran hoguera, hubiera ocultado y descubierto alternativamente su radiación.

❖Vaya un extraño juego -pensó el marqués-, y no puede negarse que este castillo está lleno de sombras vivientes y parlantes. Sepamos lo que dicen.❖

Escuchó; pero entre el murmullo de palabras, de cantos, de quejas y de risas, no consiguió comprender ni una frase, ni una palabra, ni una intención.

La espantosa sonoridad de la bóveda, que devolvía los sonidos, confundía todas las voces en una sola y todas las interpelaciones en un rumor confuso.

El marqués no era sordo; su sensibilidad auditiva era la de los ancianos que oyen muy bien una escala de sonidos moderados y de palabras articuladas, pero a los que un ruido, una mezcla de voces aturde y molesta sin resultado.

Percibía inflexiones de voces y nada más; a ratos las de una gruesa voz cascada, que parecía hacer un relato; a ratos un estribillo de canción bruscamente interrumpido por acentos de amenaza, y luego una voz clara que parecía burlarse o imitar a las demás y que provocaba una tempestad de risas violentas y brutales.

A veces se oían monólogos bastante largos; luego diálogos, y de pronto gritos de ira o de alegría que parecían rugidos. Acaso aquella gente hablaba en un idioma que el marqués no conocía.

Se afirmaba en la idea de que había una banda de truhanes o de titiriteros que vivía del merodeo y que dejaba pasar los días crudos del invierno al amparo de aquella ruina, o acaso también que se ocultaba después de alguna fechoría.

Las risas, los trajes extraños que se dibujaban ante él como sombras chinescas, los largos discursos, los diálogos animados se relacionaban acaso con algún estudio de arte burlesco.

❖Si estuviera más cerca de ellos -pensó-, me podría divertir; un hombre nunca es mal acogido en una compañía, por muy mala que ésta sea, cuando entra ofreciendo generosamente su bolsa.❖

Y cogió su linterna, disponiéndose a bajar, cuando las conversaciones, los cantos y las risas se cambiaron en gritos de animales tan reales y tan perfectamente imitados, que aquello parecía un corral alborotado. Eran el buey, el burro, el caballo, la cabra, el gallo, el pato y el cordero gritando juntos. Luego todo quedó en silencio, como para escuchar los ladridos de una jauría, el sonido del cuerno, todos los ruidos de una cacería.

❖Se trataba de alguna comedia? ❖Ensayaban los actores contemplándose sobre la pared? Sin embargo, no parecían simular una acción relacionada con aquel alboroto.

En medio de todo aquello, un niño gritaba con voz aguda, no se sabía si por hacer como los demás o asustado en su sueño, y, Bois-Doré vio pasar la sombra de un cuerpecito que tenía movimientos de mono. Luego una cabeza enorme, con una especie de casco empenachado, perfiló sobre la pared iluminada una nariz grotesca; después pasó una cabeza cabelluda, que parecía coronada por un birrete de cura y que conversaba con una larga silueta, inmóvil como la de una estatua.

De pronto todos los ruidos cesaron bruscamente y no se oyó más que un quejido sordo, que semejava a un gemido de sufrimiento y que Bois-Doré había oído continuamente como una nota dolorosa en las pausas de aquella algarabía desenfrenada.

Cuando el tumulto se calmó, la sombra de un crucifijo gigantesco trazó una cruz sobre el muro.

La luz pareció cambiar de sitio y la cruz se hizo muy pequeña; luego desapareció, y una sola figura, muy netamente dibujada, la reemplazó, mientras que una voz sepulcral recitaba con un tono monótono una oración que parecía ser la de los agonizantes.

ArribaAbajo

- XLVI -

Cuando empezó la insoportable salmodia, Bois-Doré, que había permanecido en su sitio, distraído por la diversión de aquella fantasmagoría y aquellos ruidos extraños, sintió un frío que le hacía castañetear los dientes.

Resuelto a ir a ver lo que ocurría, se detuvo al darse cuenta de la evocación extraordinaria que le ofrecía la última proyección.

Se iba precisando a medida que la plañidera voz recitaba su lúgubre oración, y el marqués, fascinado, no podía apartar la mirada de lo que veía.

Aquella cabeza tan característica por su cabellera cortada a media melena, por la gola española que la encuadraba, por sus rasgos acusados, de una delicadeza angulosa, y por la forma particular de la barba y del bigote, era la de Alvimar, echada hacia atrás con la rigidez de la muerte.

A lo primero, Bois-Doré se debatió contra esta idea; pero al fin se apoderó de él como una obsesión, una certeza, una emoción, un terror invencible.

Nunca había creído que los espectros pudieran habérselas con él. Pensaba que, como nunca había matado a nadie por venganza o por crueldad, estaba seguro de que ningún alma en pena le visitaría jamás; pero, lo mismo que la mayoría de los hombres razonables de su tiempo, no negaba la vuelta de los espíritus al mundo. ♦Tantas personas dignas de fe contaban con detalles haber tenido apariciones!

♦Alvimar ha muerto -pensó-; he tocado sus miembros yertos, he visto bajar del caballo su cuerpo ya rígido. Desde hace varias semanas descansa bajo tierra, y, sin embargo, le veo aquí, yo que nunca vi nada sobrenatural donde los demás veían fantasmas espantosos. ♦Sería ese hombre, contra todas las apariencias, inocente del crimen del que le he acusado y por el que le he castigado? ♦Es un reproche de mi conciencia? ♦Es una fantasía de mi cerebro? ♦Es el frío de estas ruinas que me invade y me perturba? Sea lo que sea, es demasiado.♦

Y, sintiendo el vértigo precursor de un desfallecimiento, se arrastró hasta la escalera. Allí se repuso un poco y afirmó sus pasos para bajar la espiral partida.

Pero cuando llegó al final, en lugar de fortalecer sus ánimos y de intentar penetrar en las salas de la planta baja, no quiso ya ni ver ni oír nada, y, presa de un terror invencible, se precipitó a través del campo, confesándose a sí mismo su miedo y dispuesto a confesarlo ingenuamente a cualquiera que le pidiese explicaciones.

Encontró al granjero, que más muerto que vivo le esperaba en el puente.

Al permanecer allí para aguardarle, el buen hombre había realizado un acto heroico. Se hallaba incapaz de decir o de escuchar nada, y sólo al entrar en su casa con el marqués se atrevió a interrogarle.

-♦Qué!, mi pobre monsieur Silvain -dijo-, supongo que habéis podido saciaros de ver sus llamaradas y de oír sus rugidos. ♦Bien he creído que no os vería volver ya!

-Cierto es -dijo Bois-Doré, bebiendo un vaso de vino que le ofrecía la granjera y que le pareció bastante oportuno en aquel momento- que hay en esas ruinas algo que no es normal. No he encontrado nada malo...

-❖Cómo!, mi buen señor -dijo la gran Catalina-. ❖Pero si estáis más blanco que vuestra chorrera! Calentaos, señor; no vayáis a caer enfermo.

-La verdad es -contestó el marqués- que he tenido frío y he creído ver cosas que acaso no he visto; pero el andar me repondrá, y temo intranquilizar a los míos si tardase más en volver. Buenas noches, amigos míos; ❖bebed a mi salud!

Pagó generosamente las atenciones de los granjeros y se dirigió hacia su coche, que había vuelto a buscarle. Aristandre se hallaba preocupado; pero como el marqués le aseguró que no le había ocurrido nada malo, el buen carroceros se convenció de que Adamas no exageraba cuando aseguraba que el señor tenía aún aventuras galantes.

-Debe de haber en ese cortijo -dijo en voz baja a Clindor- alguna pastora de buen ver.

Y como su amo le prohibió que hablase de aquella expedición, se confirmó en su idea.

En lugar de detenerse en Ars, el marqués mandó que le condujesen directamente a Briantes. Estaba sorprendido y algo avergonzado ya del momento de terror que le había impulsado a marcharse de Brilbault sin haber averiguado nada.

❖Si lo cuento -pensó-, se reirán de mí y supondrán que los años me hacen chochear. Más vale que no diga nada de esto a nadie; y como, después de todo, me tiene sin cuidado que Brilbault esté en posesión de una banda de titiriteros o de brujos, buscaré para Lucilio otro albergue más pacífico.❖

A medida que se acercaba a su casa su espíritu se interrogaba acerca de lo que había sentido.

Lo que le chocaba era que el miedo le hubiese sorprendido en un momento en que nada le disponía a ello, sino cuando, muy al contrario, se sentía predispuesto a reír de las bufonadas de aquellos duendecillos y de la divertida singularidad de sus siluetas sobre la pared.

A consecuencia de estas reflexiones mandó a Aristandre que se detuviese ante los prados Chambon y bajó a pie el corto sendero que conducía a la cabaña de la jardinera llamada la Zancada.

Esta cabaña existe aún; está habitada por hortelanos. Es una casita carcomida, con una torrecilla adosada y una escalera de piedra. El encantador vergel, cercado por vallados tupidos y zarzas locas, era, según se decía, un regalo de monsieur de Bois-Doré a la Zancuda.

Encontró allí al fraile oblato que repartía la pitanza del convento con su querida, quien a su vez dividía con él el vino y las frutas de su jardín.

Sin embargo, aquella unión no era ostensible; tomaban ciertas precauciones para que no les obligasen a casarse y perder así el privilegio de inválido que Juan el Cojo disfrutaba en el convento de los Carmelitas.

-No temáis nada, amigos míos -dijo el marqués al sorprenderles-. Hay algunos secretos entre nosotros, y sólo os quiero decir dos palabras...

-♦A la orden, mi capitán! -contestó Juan el Cojo, saliendo de debajo de la mesa, donde se había ocultado-. Os ruego me perdonéis, pero no sabía quién venía, ♦y se dicen tantas cosas de mí!

-Muy injustas, seguramente -dijo el marqués sonriendo-. Pero contéstame, amigo mío; no te he vuelto a ver desde cierta aventura. Te he enviado una pequeña recompensa por mediación de Adamas, a quien has jurado haber ejecutado fielmente mis órdenes. Como tenía esta noche ocasión de hablarte sin testigos, he querido hacerlo para que me des algunos detalles acerca de cómo hiciste mi encargo.

-❖Cómo, mi capitán? No hay muchas maneras de enterrar a un muerto, y he cumplido mi misión tan cristianamente como lo hubiera hecho el prior de mi comunidad.

-No lo dudo, compañero. ❖Pero fuiste prudente?

-❖Mi capitán duda de mí? -exclamó el inválido con una sensibilidad que se agudizaba en él, especialmente después de cenar.

- No dudo de tu discreción, Juan, pero sí un poco de tu habilidad para ocultar la sepultura. Porque hoy mis enemigos están enterados de la muerte de monsieur de Alvimar, y, sin embargo, yo no puedo dudar de la fidelidad de mis gentes ni de la tuya.

-❖Ay!, señor marqués, vuestras gentes no eran las únicas que conocían el secreto -observó juiciosamente la Zancuda-; las de monsieur de Ars han podido hablar; y además, ❖no buscabais aquella noche a un hombre que queráis guardar y que se había escapado?

-Es verdad; es el único a quien acuso. No vengo, amigos míos, a haceros reproches, sino a preguntaros dónde, cuándo y cómo disteis sepultura a aquel cadáver.

-❖Dónde? -dijo Juan el Cojo mirando a la Zancuda-. En nuestro jardín, y si queréis ver el sitio...

-No me interesa. ❖Pero fue de noche completamente o al amanecer?

-Sería a eso de las... dos o las tres de la mañana -dijo el fraile oblato con cierta vacilación y mirando de nuevo a la solterona, que parecía apuntarle las respuestas con los ojos.

-❖Y nadie os vio? -siguió preguntado Bois-Doré, examinando a los dos con atención.

Esta pregunta acabó de azorar al fraile oblato, y el marqués sorprendió nuevas miradas de complicidad entre él y su compañera.

Se convencía de que evidentemente temían haber sido vistos y que, por miedo a que un testigo digno de fe les contradijera, no se atrevían a dar detalles de cómo habían cumplido las instrucciones del marqués.

Éste se levantó y repitió su pregunta con aire de autoridad.

-❖Ay!, mi buen señor -dijo la Zancuda arrodillándose-; perdonad a este pobre enfermo de cuerpo y de espíritu, que acaso ha bebido demasiado esta noche y no sabe explicarse como es debido.

-Sí, perdonadme, mi capitán -añadió el inválido aparentemente enternecido por el estado de su propio cerebro y arrodillándose también.

-Amigos míos, me habéis engañado-dijo el marqués resuelto a hacerles confesar-; no habéis enterrado vosotros solos a monsieur de Alvimar. Habéis tenido miedo o escrúpulos o repugnancia; habéis avisado a monsieur Poulain...

-❖No, señor, no! -exclamó la Zancuda con energía-. No hubiéramos hecho nunca una cosa semejante sabiendo que monsieur Poulain estaba en contra vuestra. Puesto que sabéis

que no os hemos obedecido, también debéis saber que no tenemos la culpa, y que el diablo en persona ha intervenido.

-Contadme lo que ha ocurrido -dijo el marqués-; quiero saber si me decís la verdad.

La jardinera, persuadida de que el marqués sabía más que ella misma, contó sinceramente lo que sigue:

❖ Cuando os marchasteis, mi querido señor, nuestra primera ocupación fue llevar el muerto al jardín, donde le cubrimos con un gran jergón; porque yo no tenía ganas de meterle aquí, ni me parecía que fuese necesario. Confieso que le tenía mucho miedo y que si no hubiera sido por vos, mi buen señor, no hubiera admitido semejante compañía.

❖ Juan me llamaba tonta y se reía mientras apuraba su porrón de vino para preservarse contra el frío de la noche, según decía él; pero yo creo que para distraer su espíritu de las ideas tristes que siempre se le ocurren a uno a la vista de un muerto, por muy duro que se tenga el corazón.

❖ También debo confesaros que la primera ocupación de este pobre Juan, aquí presente, fue coger lo que había en los bolsillos del muerto y en la maleta del caballo que le había traído... No nos habíais dicho nada; pensábamos que eso nos correspondía en derecho, y nos estuvimos aquí, contando el dinero sobre la mesa para devolvérselo fielmente si nos lo reclamabais alguna vez.

❖ Había una bolsa bastante grande llena de oro, y Juan, que seguía bebiendo, se divertía mirando y manoseando el tesoro. ❖ Qué queréis, señor! ❖ Pobres gentes como nosotros! ❖ Es cosa que emociona! Y hacíamos proyectos acerca de la manera de emplear aquella fortuna. Juan quería comprar una viña, y yo decía que más valía una huerta con muchos nogales que produjesen, y así, medio riendo por vernos tan ricos, medio regañando por el empleo de nuestro tesoro, nos olvidábamos del muerto, cuando el reloj dio las cuatro de la mañana.

◆-Ahora -le dije a este pobre Juan- ya no tengo miedo, y como tú no eres muy ágil, a causa de tu pata de palo, te quiero ayudar a cavar la fosa. Nunca he deseado el mal a ningún vivo; pero ya que ese señor ha muerto, no deseo que resucite. Hay personas que al marcharse de este mundo benefician a los que se quedan.

◆Debo acusarme, mi querido señor; éstas eran las únicas oraciones que este mal Juan y yo dedicábamos al difunto.

◆Así es que cogimos la pala, volvimos los dos al jardín y levantamos el jergón, bajo el que habíamos ocultado el cuerpo. ◆Pero cuál sería nuestro asombro, señor? ◆No había nada! ◆Nos habían robado nuestro muerto!

◆Nos pusimos a buscar y a revolverlo todo. ◆Nada, señor, nada! Creíamos estar locos y haber soñado todo lo que había ocurrido aquella noche, y vine corriendo para ver si el dinero no era una ilusión.

◆Pues bien, señor, si no estuvierais aquí para interrogarnos, podríamos creer que el diablo nos había hecho una mala jugada; porque el cajón en el que yo había metido el dinero y las alhajas estaba abierto, y todo había desaparecido de la casa, mientras estábamos en el jardín, lo mismo que el muerto había desaparecido del jardín mientras estábamos en la casa.◆

Al terminar su relato, la Zancuda se lamentó de la pérdida del dinero, y el fraile oblato, que esperaba una ocasión para llorar, vertió lágrimas demasiado sinceras para que el marqués pudiese poner en duda el doble y extraño robo de una bolsa llena y de un muerto difunto, según decía la jardinera con tono doliente.

ArribaAbajo

Ante aquel dúo de lamentaciones, el marqués reflexionaba.

-Decidme, amigos míos -preguntó-: ♦no visteis huellas de pasos en vuestro jardín y de fractura en vuestra casa?

-Al pronto no reparamos en nada -contestó la Zancuda-; estábamos demasiado emocionados. Pero ya de día, lo observamos todo lo mejor que pudimos. En la casa no había nada extraordinario. Pudieron entrar cuando nosotros volvimos la espalda; habíamos dejado la puerta y el cajón abiertos y el dinero a la vista. ♦Ay!, nosotros tenemos la culpa.

-Entonces -observó el marqués- el muerto no se marchó solo; y sus amigos no sólo cargaron con sus restos, sino también con su dinero y sus alhajas.

-Yo creo, señor, que en la primera tarea no intervinieron más que dos, y en la segunda uno solo, que ni aun debía de estar de acuerdo con los otros. Porque sobre la puerta de nuestras platabandas vimos la huella de cuatro pies que se dirigían hacia nuestro vallado, que está en la dirección de Briantes, y aquellos pies parecían estar calzados con botas o zapatos, mientras que en la arena del patio había como huellas de pies descalzos, pies de niño, muy pequeños, que iban en dirección de la ciudad. Pero como los caminos estaban llenos de agua, no pudimos ver nada fuera de nuestro recinto.

Bois-Doré se hizo para sí el siguiente razonamiento:

♦Sancho, después de escaparse, nos habrá seguido y observado. Luego habrá ido a ver a monsieur Poulain, quien habrá enviado a alguien o habrá venido en persona con Sancho a buscar el cuerpo de Alvimar para darle sepultura. La delación viene de esta parte; el rector no se habrá atrevido, por razones que desconozco, a exponer el cadáver ante los ojos de los feligreses y denunciarme públicamente. Acaso haya querido dar a Sancho tiempo para huir. En cuanto al dinero, algún ladronzuelo habrá sorprendido las idas y venidas, habrá escuchado detrás de las puertas y aprovechado la ocasión. Esto me importa poco. ♦

Luego, después de haber reflexionado sobre todas estas cosas y haber hecho varias preguntas que no dieron ninguna nueva claridad, dijo:

-Amigos míos, cuando os trajimos aquí aquel muerto sobre su caballo, os dejamos su maleta, sin más propósito que el de apartar de nosotros todo lo que había pertenecido a nuestro enemigo. Pero como al día siguiente se nos ocurrió pensar que podía haber en aquella maleta papeles que nos interesasen, os los mandamos reclamar y contestasteis a Adamas que no habíais encontrado más que un traje y una muda, pero ningún papel, ni pergamino.

-Es la verdad, señor -contestó la jardinera-, y podemos enseñaros la maleta tal como nos fue entregada. El ladrón no la vio sobre la cama donde la habíamos dejado, o acaso no quiso cargar con ella.

El marqués mandó que se la trajeran y comprobó la verdad de lo que le habían dicho.

Sin embargo, al examinar y revolver aquel objeto, le pareció descubrir una combinación de bolsillo oculto, que había escapado a las pesquisas de sus huéspedes y que tuvo que descoser para abrirle.

Dentro de aquel bolsillo encontró unos papeles, que se llevó, después de indemnizar a la jardinera y al inválido por la pérdida que habían sufrido y de recomendarles el silencio hasta nueva orden.

Eran más de las once cuando el marqués entró en su gran casa.

Mario no dormía; estaba jugando con Lauriana en la sala, porque no había querido acostarse sin haber visto a su padre.

Lucilio leía junto a la chimenea; las risas de los niños no le distraían en su ocupación, pero aquella música lozana y encantadora, a la que su tierno corazón y su oído melódico eran especialmente sensibles, mecía agradablemente sus profundas meditaciones.

Desde que había representado el papel de adivino en presencia del príncipe, los niños le llamaban el señor astrólogo y le embromaban de palabra para hacerle sonreír. El amable sabio sonreía sin abandonar el trabajo de su espíritu, porque la afabilidad de su carácter y la dulzura de sus instintos permanecían en cierto modo unidas a su cuerpo y hablaban a través de sus hermosos ojos italianos, aun cuando su alma viajaba por las esferas celestes.

Adamas, que a pesar de su adoración por su condesito se aburría hasta la melancolía en la ausencia de su divino marqués, erraba por la escalera y el patio como un alma en pena, cuando oyó al fin el trote ruidoso de Pimante y de Squilindre y el ruido de las piedras del camino, molidas como nueces cascadas bajo las ruedas de la monumental carroza.

-❖Ya llega el señor! -exclamó abriendo la puerta del salón con tanto ruido y alegría como si la ausencia del marqués hubiera durado un año, y corrió a la cocina para traer él mismo una especie de ponche reconfortante, compuesto con vino y plantas aromáticas, sabia y agradable bebida, cuyo secreto de fabricación se reservaba y a la que él atribuía el buen semblante y la vigorosa salud de su viejo señor.

El buen Silvio besó cariñosamente a su hijo, saludó tiernamente a su hija, estrechó la mano de su astrólogo, bebió el cordial que le ofrecía su buen servidor y, después de haber contentado a todo el mundo de este modo, metió sus largas piernas hasta casi dentro del fuego, hizo colocar un veladorcito redondo a su lado y rogó a Lucilio que pasase la vista por ciertos papeles que él traía mientras que Mario los iría traduciendo como mejor pudiese y leyendo en alta voz.

Los papeles estaban escritos en español, en forma de notas reunidas para una Memoria y atadas con una correa. No había ni dirección, ni sello, ni firma.

Era una serie de datos oficiosos u oficiales acerca del estado de los espíritus en Francia, de las disposiciones, supuestas o sorprendidas, de varias personalidades más o menos

importantes para la política española, y de la opinión pública sobre el particular; en una palabra, era una especie de trabajo diplomático bastante perfecto, aunque sin terminar, y en parte en estado de borrador.

Se echaba de ver que Alvimar, de quien la vida retraída y las largas escrituras habían parecido inexplicables durante su breve estancia en Briantes, no había cesado de dar noticias a un príncipe, ministro o protector, de una especie de misión secreta, muy hostil hacia Francia y llena de aversión y de desprecio hacia los franceses de todas las clases sociales con quienes había estado en relación.

Aquella crítica minuciosa no carecía de ingenio y de interés. Alvimar tenía la inteligencia sutil y el razonamiento espacioso. A falta de relaciones tan elevadas e íntimas como él las hubiera deseado para el progreso de su fortuna y la importancia de su papel, tenía habilidad para comentar cualquier nimiedad observada y para interpretar una frase sorprendida o recogida al paso; una palabra, un ruido, una reflexión del primer venido, él lo aprovechaba todo; y en aquel trabajo, a la vez perverso y pueril, se veía la tendencia irresistible y la satisfacción íntima de un alma llena de odio, de envidia y de sufrimiento.

Lucilio, adivinando desde las primeras líneas el interés que ponía Bois-Doré en la lectura de su hallazgo, buscó en las últimas páginas y encontró lo que sigue, que Mario tradujo de corrido, casi sin vacilar y buscando con sus hermosos ojos la mirada de su profesor al terminar cada frase, para cerciorarse rápidamente, antes de proseguir, de que no había hecho ninguna falta:

❖ En cuanto al pr... de C... é, haré por llegar hasta él; he tenido informes de un eclesiástico inteligente e intrigante que puede serme útil.

❖ Retened el nombre de Poulain, párroco de Briantes. Es de Bourges y sabe muchas cosas, sobre todo acerca de dicho príncipe, que es avaro y poco inteligente en materia de política; pero irá donde le lleve la ambición. Se le podría engañar con grandes esperanzas y utilizarle como se ha utilizado a los Guise, porque de Condé no tiene más que el nombre y teme a todos y a todo.

❖ Por lo mismo, es más difícil conquistarle de lo que parece. Su persona no vale para nada. Su nombre es aún un partido. Con la esperanza de ser rey, está dispuesto a dar mucho a la muy santa I..., sin perjuicio de volverse atrás si tal fuese su interés. Dícese que la idea de suprimir al R... y a su hermano no le haría retroceder, y que, en caso necesario, podría hacerse mucho por medio de este pobre espíritu y de este brazo débil.

❖ Si sois de opinión de entretenerle con estas ilusiones.. hacedlo saber a vuestro muy humilde...❖

-❖ Está bien, está bien! -exclamó el marqués-. Aquí tenemos el medio de enemistar a nuestro amigo Poulain con el príncipe, y a ambos con la memoria de nuestro querido Alvimar. Bien sabe Dios que por mi gusto yo dejaría al difunto en paz; pero si nos amenazan con vengarlo, le daremos a conocer a los buenos amigos que le compadecen.

-Eso está muy bien -dijo la gentil madame de Beuvre-; pero con la condición de que podáis probar que estas notas son de su puño y letra.

-Es verdad -dijo el marqués-; de lo contrario esto no vale nada. Pero Guillermo podrá sin duda proporcionarnos alguna carta firmada por él.

-Es probable, y debéis ocuparos en seguida de este asunto, mi querido marqués:

-Entonces -dijo Bois-Doré besándole la mano, al darle las buenas noches, porque Lauriana se había levantado para retirarse- mañana volveré a casa de Guillermo, y entre tanto guardemos cuidadosamente nuestras pruebas y nuestros medios de defensa.

Al día siguiente, cuando el marqués se despertó vio entrar en su cuarto a Lucilio, que le entregó una página escrita por él.

El pobre mudo quería marcharse por algún tiempo, para no atraer sobre su generoso amigo el peligro que les amenazaba a los dos.

-❖No, no! -exclamó Bois-Doré hondamente conmovido-. No me causaréis el dolor de abandonarme. Bien probado tenéis que el peligro está aplazado, y los apuntes de monsieur de Alvimar acaban de tranquilizarme sobre mi asunto. En cuanto a vos, creed que después de haber profetizado tan bien la muerte del favorito no tenéis nada que temer por parte del príncipe. Además, sean cuales fueran los peligros que corráis aquí, creo que en otro lado serían mayores, porque en este país puedo protegeros eficazmente u ocultaros, según los acontecimientos que sobrevengan. No nos preocupemos por lo desconocido, y si tenéis algún escrúpulo por aumentar los trastornos de mi situación, pensad, en cambio, que sin vos la educación de Mario quedaría incompleta y perdida. Pensad en el favor que me hacéis al transformar un niño amable en un hombre de inteligencia y de corazón, y comprenderéis que ni mi fortuna ni mi vida podrían pagar mi deuda hacia vos, porque ni la una ni la otra valen la ciencia y la virtud que nos dais.

Después de haber, no sin trabajo, arrancado a su amigo el juramento de no abandonar Briantes sin su consentimiento, el marqués se disponía a volver a Ars, cuando vio llegar a Guillermo con monsieur Robin de Coulogne, muy sorprendidos, éste por lo que acababa de contarle su aparcerero Faraudet, y el otro por no haber recibido la víspera por la noche la visita del marqués, que sus gentes le habían anunciado.

Bois-Doré contó sinceramente la visión que había tenido en Brilbault, afirmando que hasta el momento de la aparición del perfil de Alvimar sobre la pared creía tener la seguridad de no haber soñado y que aquel alboroto y aquellas sombras provenían de seres perfectamente reales.

Tuvo la mortificación de sorprender una sonrisa incrédula sobre el rostro de sus dos auditores; pero cuando contó las anteriores aventuras de la casa de la jardinera y enseñó las notas manuscritas de Alvimar, vio a sus amigos ponerse serios y atentos.

-Mi querido primo -le dijo Guillermo-, en cuanto se relaciona con esas notas me será fácil probar su autenticidad, proporcionándoos la escritura y la firma de monsieur de Alvimar. Os certifico, entretanto, que estas hojas son de su puño y letra. Guardadlas en

vuestros archivos y esperad, para publicar la muerte de aquel traidor, a que vuelvan oficialmente a pedirlos cuenta de ella.

Tal no fue el parecer de monsieur Robin. Censuraba el silencio que habían guardado sobre aquel acontecimiento, las precauciones que habían tomado para hacer desaparecer el cuerpo y el que siguiesen con el mismo misterio en un momento en que los habitantes de la localidad estaban bien dispuestos en favor del lindo Mario, conmovidos por el relato de sus aventuras y prontos a maldecir de los cobardes asesinos de su padre.

Bois-Doré hubiera seguido en el acto la opinión de monsieur Robin de no habérselo impedido el temor a desagradar a Guillermo, quien persistía en su primera idea.

-Mi querido vecino -dijo este último-, sería de vuestra opinión y me arrepentiría del consejo que di al marqués, sin una reflexión que se me ocurre y que os ruego meditéis detenidamente: el marqués no tiene por qué acusarse de haber matado a un hombre que acaso no ha muerto.

Monsieur Robin y Bois-Doré hicieron un movimiento de sorpresa, y Guillermo prosiguió:

-Tengo dos buenas razones para pensar y hablar así: la primera es que se han llevado del jardín de la Zancuda a un hombre que, aun atravesado por una buena estocada, podía muy bien no haber expirado; la segunda es que nuestro marqués, cuyo valor está fuera de dudas, ha visto en Brilbault la cara de su enemigo.

Monsieur Robin guardó silencio y reflexionó; Bois-Doré recordó las escenas de la víspera, procurando darse cuenta de ellas, prescindiendo de la turbación que había sentido; luego dijo:

-Si monsieur de Alvimar ha muerto, no ha sido ni en el lugar del combate, en La Rochaille, ni en casa de la jardinera; ha sido en Brilbault, y precisamente anoche. Ha muerto en no sé qué extraña y brutal compañía, pero asistido por un cura, que podía ser

monsieur Poulain, y cuidado por un criado, que podía ser el viejo Sancho. Las sombras confusas que he visto no ofrecían nada que contradiga estas suposiciones, y lo que he distinguido de la manera más clara y más absoluta es una cruz tan bien dibujada como la de un blasón, y, bajo el brazo derecho de aquella cruz, el rostro delgado y como descarnado de monsieur de Alvimar. Aquel rostro parecía al principio estar algo agitado, mientras una voz salmodiaba una oración mortuoria; al mismo tiempo yo seguía oyendo los débiles suspiros que había oído ya durante la bacanal. Luego el quejido cesó y la faz pareció tornarse de piedra, como si sus rasgos se endureciesen sobre la pared que me ofrecía su reflejo. La cabeza no estaba ya inclinada, sino echada hacia atrás, y entonces...

-¿Entonces qué? -preguntó Guillermo.

-Entonces -prosiguió ingenuamente el marqués- me volví tonto y débil, y huí para no ver ya nada.

-Pues sea lo que sea, y haya lo que haya -dijo monsieur Robin-, vamos a examinar y a revolver esas ruinas de arriba abajo, si es menester, para ver lo que ocultan y qué gentes cobijan.

Guillermo opinó que debía irse al caer la tarde y con muchas precauciones, a fin de sorprender el objeto de las misteriosas reuniones.

Faraudet había dado a monsieur Robin datos precisos sobre la hora en que empezaba el alboroto, y ya que los extraños ruidos no eran pura imaginación de aldeanos asustados, su regularidad y su obstinación hacían suponer un sistema adoptado para sembrar terror y explotarlo en provecho de algún interés. Monsieur Robin notó, además, por los relatos del aparcero, que la fantasmagoría no se producía en Brilbault más que desde hacía dos meses, es decir, aproximadamente desde la época en que, según Guillermo y el marqués, había tenido lugar la muerte de Alvimar.

-Todo esto -dijo- me trae a la memoria que el día de mi última llegada a Coudray, la semana pasada, encontré en mi camino a gentes de malas trazas, que no me parecieron ni aldeanos, ni soldados, ni burgueses, y me sorprendió no conocerles. Preguntad a vuestros

criados si en estos últimos tiempos no han tenido encuentros semejantes en vuestros arrabales.

Llamaron a varios criados. Los de Bois-Doré y los de Guillermo coincidieron en declarar que desde hacía una semana habían visto rondar por los bosques y los caminos poco frecuentados de Varenne ciertos tipos sospechosos, y se habían preguntado lo que aquellos forasteros podían buscar en lugares tan desiertos.

Entonces se acordaron de que en los cortijos y en los corrales de los pueblos vecinos se habían cometido robos bastante numerosos; en fin, en las ferias y los mercados de las ciudades cercanas la cara de La Fleche había vuelto a aparecer en compañía de otros rostros heteróclitos. Al menos creían poder afirmar que un titiritero fanfarrón y charlatán, disfrazado de varias maneras, era el mismo que había rondado entre Briantes y la Motte Seully, durante varios días, en la época del encuentro de Mario.

Como consecuencia de estos informes supusieron que se trataba de vagabundo y bandidos de los más desconfiados y astutos, y se concertaron para apoderarse de su secreto sin llamar su atención.

Convinieron separarse en el acto, porque bien podía ser que aquellas gentes se hubiesen dado cuenta de la visita del marqués a Brilbault y que tuviesen espías en acecho detrás de los matorrales de los caminos.

Guillermo volvería a su casa a buscar un buen número de criados y fingiría marcharse a Bourges.

Monsieur Robin permanecería en el Coudray con los suyos hasta la hora convenida.

Bois-Doré iría a emboscarse por el lado de Thevet, y Jovelín por el de Lourouer.

ArribaAbajo

- XLVIII -

Al caer la noche, los criados y los vasallos, dirigidos por los cuatro jefes, formarían en el campo un círculo que se estrecharía bruscamente, como se hace para cazar lobos; cada uno había de calcular el tiempo que necesitaba, dado su punto de partida, para llegar en el momento de cercar el castillo de Brilbault.

Fijaron este momento para las diez de la noche. Hasta entonces marcharían silenciosamente, evitando, en lo posible, el ser vistos; dejarían pasar a todo el que se dirigiese hacia Brilbault; pero desde las diez en adelante detendrían a todo el que intentase salir.

Se prohibió matar o herir a nadie, a menos de ser atacados seriamente, porque el objeto principal era hacer prisioneros y así conseguir revelaciones.

También quedó convenido que cada cual partiría aisladamente, y fueron asignados los puestos, siguiendo los conocimientos estratégicos que Guillermo y el marqués poseían de todos los alrededores.

Guillermo se separaría de sus gentes en la Berthenoux y éstas se diseminarian a lo largo del Ignérai. Monsieur Robin iría solo a casa de su aparcero; entretanto sus gentes franquearían por veinte caminos distintos la pequeña distancia que separa Coudray y Brilbault, cuidando guardar toda la línea de Saint-Chartier.

Por su parte, Bois-Doré iría a dar un paseo a Montlevic y desde allí se dirigiría solo hacia el lugar de la cita, de la misma manera que sus dos amigos, para evitar toda sospecha en cualquiera que observase sus movimientos.

Después de tomar todas las disposiciones podían contar, para obrar con seguridad, con un centenar de hombres fornidos y listos. Bois-Doré aportaba aproximadamente unos

cincuenta, a pesar de dejar una docena de buenos servidores para guardar su castillo y su gentil huésped Lauriana.

Para que los supuestos espías le creyesen ajeno a cualquier proyecto referente a Brilbault, el marqués llevó consigo a Mario hasta el castillo de Montlevic, como si fuesen a hacer una visita a sus jóvenes vecinos.

Los Orsanne eran nietos de Antonio de Orsanne, antiguo calvinista y teniente general del Berry.

El marqués y Mario pasaron una hora en su casa; luego Bois-Doré encargó a Aristandre que condujese a su hijo a Briantes, y montó a caballo para ir a Etalié, que es una aldea situada en el camino de La Châtre a Thevet, en la cima de una altura llamada Terrier.

Mario, intrigado por estas precauciones, quiso acompañarle; pero él le contestó que iba a cenar a casa de Guillermo de Ars y que volvería temprano.

El niño montó, suspirando, en su caballito; presentía alguna aventura, y, a fuerza de vivir entre hidalgos, el gentil aldeano de los Pirineos se había vuelto hidalgo también, en el sentido novelesco y caballeresco que el buen marqués atribuía aún a este título.

Conocida es la maravillosa facilidad con que la infancia se modifica y se transforma siguiendo la tendencia del ambiente en el que se halla trasplantada. Mario soñaba ya con hermosas proezas guerreras, con gigantes que él mataría y con damiselas cautivas que libertaría.

Intentó insistir a su manera, obedeciendo sin murmurar, pero levantando sus hermosos ojos, tiernos y persuasivos, hacia el anciano, que le adoraba.

-No, mi querido conde -contestó Bois-Doré, que comprendía perfectamente su silenciosa súplica-; no puedo dejar sola, de noche, en mi castillo a la amable joven que me han

confiado. Pensad que es vuestra hermana y vuestra dama, y cuando yo me veo forzado a ausentarme, vuestro sitio está junto a ella para servirla, y, en caso necesario, para defenderla.

Mario se rindió ante tan halagadora hipérbole, y, picando espuelas, volvió a encaminarse al galope hacia Briantes.

Aristandre le seguía con la orden de volver junto al marqués tan pronto como hubiera dejado al niño en el castillo.

La noche era, como la de la víspera, bastante suave para la temporada. El cielo, a ratos nublado y a ratos esclarecido por tibias ráfagas, estaba bastante sombrío en el momento en que el joven jinete y su servidor entraron en la torrentera y pasaron bajo los viejos árboles de la aldea.

Subían rápidamente uno de los tortuosos caminitos bordeados por altas zarzas, que hacían oficio de calles entre los treinta o cuarenta fuegos que componían aquella aldea, cuando el caballo de Mario, que iba delante, dio una espantada, resoplando aceleradamente.

-¿Qué es esto? -dijo el niño, que permaneció firme sobre su silla-. ¿Algún borracho dormido a través del camino? Levántale, Aristandre, y condúcele a su casa.

-Señor conde -contestó el carrocer, que había echado rápidamente pie a tierra-, si está borracho, puede decirse que lo está en grande, porque parece un tronco.

-¿Te ayudo? -preguntó el niño apeándose del caballo.

Se acercó e intentó ver el rostro de aquel vasallo, que no contestaba a ninguna pregunta de Aristandre.

-Yo no sé si este hombre es del lugar -dijo el carroceros con su cachaza acostumbrada-; pero lo que sí sé, a fe mía, es que, si no está muerto, poco le falta.

-❖Muerto! -exclamó el niño-. ❖Aquí, en medio del pueblo, y sin que nadie haya pensado en socorrerle?

Corrió hacia la cabaña más próxima y la encontró desierta; la lumbre ardía y el puchero abandonado hervía, salpicando las cenizas; en medio de la habitación había un banco caído.

Mario llamó en vano; nadie contestó.

Se disponía a correr hacia otra casa, porque todas estaban separadas entre sí por recintos bastantes vastos, llenos de árboles, cuando de pronto disparos y rumores extraños, que dominaban el ruido producido por las patas de su caballo sobre las piedras del camino, le hicieron estremecerse y detener bruscamente su montura.

-❖Oís, señor conde? -exclamó Aristandre, que había dejado al muerto al borde del camino y había vuelto a montar a caballo para reunirse con su joven señor-. Ese ruido viene del castillo, y con toda seguridad ocurre allí algo raro.

-❖Corramos! -dijo Mario, poniendo de nuevo su caballo al galope-. ❖Si es una fiesta, mucho ruido hacen!

-❖Esperad, esperad! -gritó el carroceros redoblando su velocidad para detener el caballo de Mario-; eso no es una fiesta. No puede haber fiesta en el castillo sin vos y sin el señor marqués. ❖Es una batalla! ❖Oís los gritos y los juramentos?

Y mirad: ❖otro hombre muerto o malherido al pie de la muralla! ❖Apartaos, señor; ocultaos por el amor de Dios! Corro a ver lo que ocurre y vuelvo a decíroslo.

-❖Tú bromeas! -exclamó Mario desasiéndose-. ❖Ocultarme mientras asaltan el castillo de mi padre?... ❖Y mi Lauriana! ❖Cerramos a defenderla!

Se precipitó sobre el puente levadizo, que estaba bajado, cosa extraña después de caer la tarde.

Al resplandor de un haz de paja que ardía ante los edificios del cortijo Mario distinguió confusamente una escena incomprensible.

Los vasallos del marqués luchaban cuerpo a cuerpo con una banda numerosa de seres cornudos, erizados, relucientes, que más parecían demonios que hombres. De vez en cuando sonaban disparos de escopeta o de pistola; pero no se trataba de un combate en regla, sino de una refriega a consecuencia de alguna brusca y desagradable sorpresa. Veíanse grupos furiosos retorcerse y abrazarse en un instante y desaparecer de pronto en las tinieblas cuando la hoguera se obscurecía bajo nubes de humo.

Mario, sujeto por el carroceros, no podía precipitarse en la pelea. Se debatía en vano, llorando de rabia.

Al fin tuvo que atender a razones.

-Veis, señor -le decía el buen Aristandre-, impedís que yo vaya a echar una mano. Y mi puño vale por cuatro. Pero tengo que responder de vos, y ni el demonio haría que os soltase, como no me juréis que permaneceréis tranquilo.

-Entonces ve -dijo Mario-, te lo juro.

-Pero si os quedáis aquí, a la vista de cualquiera... ❖Mirad! Os voy a ocultar en el jardín.

Y, sin esperar el consentimiento del niño, el coloso le levantó del caballo y le llevó al jardín, cuya puerta se abría a mano izquierda, cerca de la torre de entrada. Le encerró y corrió a mezclarse en la refriega.

Por muy áridos que sean estos detalles, nos vemos obligados, para la comprensión de lo que sigue, a recordar al lector la disposición del pequeño castillo de Briantes. Si se recuerda muchos antiguos solares, contruídos sobre el mismo plano y que existen aún sin grandes modificaciones, podrá representarse el castillo en cuestión.

Suponed que entramos pasando por el puente levadizo, bajado sobre la primera línea de fosos; detengámonos un instante en este sitio.

La compuerta está levantada; examinemos este sistema.

Era una especie de rastrillo menos pesado y menos costoso que el de hierro. Se componía de una serie de estacas móviles, independientes unas de otras y que accionaban, lo mismo que el rastrillo, en la arcada de la torre de entrada. Hacía falta más tiempo para poner en movimiento el mecanismo de estas compuertas que el del rastrillo de una sola pieza; pero ofrecía la ventaja de que una sola persona, colocada en el cuarto de maniobras, bastaba para alzar una de las estacas, y, en caso necesario, dar paso a un fugitivo sin ofrecer a los sitiadores una entrada demasiado espaciosa.

El cuarto de maniobras era una sala o galería dentro de la torre de entrada, encima de la bóveda, con unos huecos que permitían también tirotear a los sitiadores o arrojarles proyectiles cuando habían logrado franquear el foso y romper la compuerta y un nuevo combate se entablaba bajo la bóveda.

El cuarto de maniobras se comunicaba con una especie de terraza con celosías y almenas, que coronaba el arco del rastrillo en la parte exterior de la torre.

Desde allí se arrojaban balas y piedras sobre el enemigo para impedirle llegar a la compuerta.

La torre de entrada de Briantes, que tenía estos medios de defensa, se elevaba al borde del foso. Le daban el nombre de torre de la puerta, para distinguirla de la torre del postigo, de la que hablaremos luego. La puerta daba entrada a un vasto recinto, que comprendía el cortijo, el palomar, la halconera, etc..., al que llamaban invariablemente el corral, y estaba siempre situado más bajo que el nivel del patio.

A la izquierda se extendía el muro elevado del jardín, agujereado de trecho en trecho por troneras, detrás de las que se podía también, en caso de una sorpresa, tirotear al enemigo, cuando éste se había adueñado del corral.

Un camino empedrado conducía en línea recta, a lo largo de este muro, al segundo recinto, donde el segundo foso, alimentado por el riachuelo, se juntaba con el estanque, situado al extremo del patio.

Sobre este foso, bordeado por su contraescarpa, cubierta de hierba, había un puente fijo, es decir, un puente de piedra muy antiguo y que formaba un recodo con relación a la torre de entrada.

Esta disposición era general en la Edad Media; ciertos arqueólogos la explican diciendo que así los arqueros sitiadores, al alzar los brazos para tirar, descubrían sus flancos a los arqueros sitiados. Otros dicen que aquel recodo rompía forzosamente el ímpetu del asalto. Lo mismo da.

La torre del postigo cerraba este puente y el patio. Tenía un pequeño rastrillo de hierro y fuertes puertas de encina guarnecidas con enormes cabezas de clavos.

Era, con el foso, la única defensa del castillo propiamente dicho.

El marqués había tenido el capricho de echar abajo la torre de sus abuelos y reemplazarla por el pabellón al que llamaban la gran casa, porque pensaba, y con razón, que

ni con fortaleza ni con finca de recreo su casa hubiera podido resistir una hora contra el más insignificante ataque. Pero el foso profundo, los pequeños falconetes colocados a cada lado del postigo, y las ventanas, con sus troneras mirando al corral, eran capaces de resistir bastante tiempo contra los débiles medios de ataque de que podían disponer los bandidos o los vecinos hostiles. Por una costumbre de lujo más que de prudencia, el castillo estaba siempre bien provisto de víveres y de municiones.

Añadiremos que los fosos y las murallas, en perfecto estado, lo cercaban todo, incluso el jardín, y si Aristandre hubiera tenido tiempo para reflexionar, hubiera llevado a Mario al pueblo, fuera del corral, en lugar de llevarle a aquel jardín, que lo mismo podía ser para él una prisión que un refugio.

Pero no se piensa en todo, y Aristandre no podía suponer que no fuese cosa fácil y rápida arrojar al enemigo fuera de la plaza.

El buen hombre no brillaba por su inteligencia; fue una suerte para él el que las figuras fantásticas y realmente espantosas que se ofrecieron ante sus miradas sorprendidas no le hubiesen perturbado. Era tan crédulo como el que más, y se sintió perplejo, pero sin dejar de correr; después de matar a uno o dos, se hizo el razonamiento filosófico de que aquellos extraños seres eran chusma y nada más.

Mario, arrimado a la verja del jardín y jadeante de ardor y de emoción, no tardó en perderle de vista.

El almiar incendiado se había derrumbado; la batalla tenía lugar en la obscuridad; solamente algunos ruidos confusos permitían al niño seguir las peripecias de la acción.

Supuso que la intervención del robusto y bravo Aristandre devolvía valor a los defensores del castillo; pero después de unos momentos de incertidumbre, largos como siglos, le pareció que los agresores ganaban terreno, que los gritos y los pasos retrocedían hasta el puente, y tras un breve instante de silencio oyó un disparo y la caída de un cuerpo al río.

Pocos segundos después el rastrillo del postigo cayó estrepitosamente y una descarga de los falconetes hizo retroceder, con vociferaciones horribles, a los sitiadores, que se hallaban ya sobre el puente.

La primera parte del incomprensible drama había terminado; los sitiados se habían encerrado en el patio y los invasores eran dueños del corral.

Mario estaba solo; Aristandre estaba muerto sin duda, puesto que le abandonaba en medio, al menos cerca, de enemigos que de un momento a otro podían derribar la verja, hacer irrupción en el jardín y apoderarse de él.

No había medio de huir sin escalar la verja y sin arriesgarse a caer en manos de aquellos monstruos. El jardín no tenía salida más que al corral, y no comunicaba con el castillo.

Mario sintió miedo; después, la idea de la muerte de Aristandre, y acaso de algún otro leal servidor, hizo fluir sus lágrimas, y el recuerdo de su pobre caballito, al que había dejado suelto a la entrada del patio, aumentó su pena.

Lauriana y Mercedes estaban sin duda en seguridad, y debía de haber todavía mucha gente entorno suyo, puesto que un silencio desolador reinaba por el lado de la aldea, lo que probaba que bichos y gentes se habían apresurado a refugiarse en el recinto para recibir al enemigo, amparados por las murallas. Según la costumbre de la época, a la menor alarma, los vasallos iban a buscar y a llevar a la vez ayuda y socorro al castillo señorial. Acudían con sus familias y sus ganados.

-Pero si Lauriana y mi morisca sospechan que estoy aquí -pensaba el pobre Mario-,
❖qué intranquilas deben de estar! Tengo la esperanza de que crean que no he vuelto. Y mi buen Adamas estoy seguro de que está como loco. ❖Con tal de que no le hayan hecho prisionero!

Sus lágrimas corrían silenciosamente; se hallaba acurrucado en un matorral de tejos tallados y no se atrevía ni a asomarse a la verja, por temor a ser visto por el enemigo, ni a alejarse, por no perder de vista lo que distinguía de la escena de confusión que reinaba en el corral.

Oía los lamentos de los sitiadores alcanzados por la metralla de los falconetes. Los habían transportado al cortijo, y sin duda allí había también moribundos y heridos del partido de los sitiados, porque Mario distinguía inflexiones de voces que parecían reproches y amenazas. Pero todo aquello era confuso; desde el jardín hasta el cortijo había una distancia bastante grande; además, el riachuelo, crecido por las lluvias invernales, hacía ya mucho ruido.

Los sitiados acababan de levantar las esclusas y las palas del estanque, para engrosar las aguas del foso y hacer su corriente más rápida.

Una claridad se elevaba de la puerta del castillo; sin duda los del patio habían encendido también una hoguera para verse, contarse y organizar la defensa. La de los sitiados no proyectaba ya más que un reflejo rojizo, a través del que Mario vio flotar rápidamente sombras indecisas.

Después oyó un ruido de pasos y voces que se acercaban, y creyó que iban a explorar el jardín.

Permaneció inmóvil y vio delante de la verja, por fuera, a dos personajes singularmente ataviados, que se dirigían hacia la torre de entrada.

Contuvo su respiración y pudo oír el siguiente trozo de diálogo:

-♦ Esos perros malditos no llegarán antes que él!

-❖Mejor! Tendremos mayor parte.

-❖Imbéciles! Creéis poder apoderaros solos...

ArribaAbajo

- XLIX -

Las voces se perdieron, pero Mario las había reconocido. Eran las de La Fleche y del viejo Sancho.

A pesar de que tal descubrimiento no tuviera nada de tranquilizador, el valor le volvió de pronto.

El asunto de la Rochaille no había podido quedar oculto mucho tiempo para el niño, y éste comprendía que el asesino de su padre, el ciego instrumento de Alvimar, tenía que ser en adelante el más encarnizado enemigo del nombre de Bois-Doré; pero la intervención de La Fleche le hizo concebir la esperanza de que los auxiliares de Sancho fuesen los gitanos, antiguos compañeros de miseria del niño errante.

Pensó, con razón, que aquellos vagabundos habían debido de asociarse con otros bandidos más determinados; pero todo esto le pareció menos temible que una expedición en regla, ordenada por las autoridades de la provincia, según hubiera podido temerse, y cruzó por su mente la idea de llamar a La Fleche y conquistar sus favores. Pero al recordar el aire brutal y sombrío con que el gitano le había hablado unos meses antes en aquel mismo sitio la desconfianza le volvió.

Entonces se puso a reflexionar acerca de las palabras que acababa de oír. Se dio cuenta de que tenía necesidad de toda su lucidez para comprenderlas, y, dado el caso, sacarles todo el partido posible.

Sin duda los invasores esperaban un refuerzo que no llegaba todo lo pronto que Sancho hubiera deseado. ❖No llegarán antes que él.❖ Ese él no podía ser más que el marqués, cuyo regreso temían. ❖❖Mejor! Tendremos mayor parte❖; esto indicaba en La Fleche la esperanza del saqueo. ❖Imbéciles, creéis poder apoderaros solos...❖ (evidentemente del castillo) era una confesión de la impotencia de los sitiadores para llevar a cabo el sitio de la casa.

Y Mario, que había distinguido rostros embadurnados, enmascarados, horribles, grotescos, disfraces empleados por los gitanos sin duda para asustar a los aldeanos del pueblo y del cortijo y que le habían asustado a él también a pesar de su valor, estaba más tranquilizado por tenérselas que haber con granujas de carne y hueso y no con seres fantásticos y peligros inexplicables.

Como por el momento no podía hacer más que permanecer inmóvil, esperó que las voces y los pasos se alejaran de la verja para alejarse a su vez y buscar un refugio contra el frío de la noche en una de las casetas del jardín.

Pensó que el laberinto, cuyos caminos él conocía tan perfectamente, le permitiría escapar por unos instantes a la eventualidad de una persecución, y entró en él, dirigiéndose con certeza hacia la pequeña cabaña llamada por metáfora el Palacio de Astrée.

Apenas había entrado cuando le pareció oír un ruido de pasos en la arena del paseo circular.

Escuchó.

-Serán hojas secas, arrastradas por el viento -pensó-, o algún bicho del cortijo que huye hacia aquí. ❖Pero entonces la verja del jardín está abierta? ❖Y yo estoy perdido! ❖Dios mío! ❖Tened compasión de mí!

Pero el ruido era tan leve, que Mario se abrevio a mirar a través de la hiedra que tapizaba su albergue y vio un pequeño ser que rondaba indeciso como para buscar un refugio en el mismo lugar.

Mario no había tenido tiempo de cerrar la puerta de la cabaña; aquel ser entró y le dijo en voz baja:

-¿Estás ahí, Mario?

-¿Eres tú, Pilar? -exclamó el niño sorprendido y con un sentimiento de alegría al reconocer a su amigueta, a la que había creído muerta.

Pero añadió tristemente:

-¿Me buscas para entregarme?

-¿No, no, Mario! -contestó ella-. Quiero huir de La Fleche. Sálvame, mi Mario; sufro demasiado con ese hombre maldito.

-¿Y cómo podría salvarte cuando no sé cómo salvarme yo?... Vete de aquí, o quédate sin mí, mi pobre Pilar; porque esos bandidos, al buscarte, me encontrarán también.

-No, no. La Fleche cree que me he quedado allí con el muerto.

-¿Qué muerto?

-Le llaman Alvimar. Ha muerto la otra noche y le han enterrado esta mañana.

-Tú sueñas... o yo no comprendo. ♦No importa! ♦Te has escapado?

-Sí; yo sabía que venían aquí a coger tu castillo y tu tesoro; he bajado a gatas por una ventana muy chiquitita y he seguido a la banda desde lejos. Esperaba que matarían a La Fleche y a los granujas que no han querido nunca tener compasión de mí.

-♦Qué granujas?

-Los titiriteros que ya conoces y muchos más a quienes no conoces y que han venido a reunirse con ellos. Te aseguro que bien me han hecho sufrir en Brilbault.

-♦Qué es Brilbault? ♦No es una casucha cerca de...?

-No sé. Yo no salía nunca. Ellos correteaban todo el día y me dejaban sola con el herido, que no acababa de morirse, y con su viejo criado, que me aborrecía porque pretendía que yo le daba la mala sombra al señor e impedía que se curase. Bien hubiera yo querido que se muriera antes, porque yo también aborrecía a esos españoles. Y les he echado muchas maldiciones. Al fin, el más joven ha muerto en medio de aquellos locos que bebían, cantaban y gritaban toda la noche y no me dejaban dormir. Por eso estoy enferma; siempre tengo fiebre...; acaso sea mejor; así no tengo hambre.

-♦Pobrecilla! Toma todo el dinero que llevo encima. Si puedes escaparte, te servirá; pero aunque yo no comprenda nada de lo que me cuentas, me parece que has hecho una locura al venir aquí, en lugar de huir lejos de La Fleche, y me temo que estés de acuerdo con él para...

-No, no, Mario, guarda tu dinero; y si crees que te quiero entregar, ve a ocultarte en otro sitio, que yo no te seguiré. No soy mala contigo, Mario. No quiero a nadie más que a ti en el mundo. He venido porque creía que mientras se estuviesen batiendo yo podría entrar en tu castillo y quedarme contigo. Pero tus aldeanos han tenido demasiado miedo; han matado

a vinos; los otros se han refugiado en el patio. Tus criados se han defendido bien, pero no han sido los más fuertes. Yo estaba escondida debajo de unas tablas, junto al muro del jardín, por dentro. Lo veía todo por una rendija. Te he visto entrar en el patio a caballo; he visto que un hombre enorme te encerraba aquí. Al pronto no te reconocía con tus lindos trajes; pero cuando has venido a esta casita he reconocido tu paso y te he seguido.

-Y ahora ¿qué vamos a hacer? ¿Escondernos lo mejor que sea posible en este jardín, donde sin duda vendrán a registrar?

-¿Qué quieres que vengan a hacer en un jardín? Bien saben que en invierno no hay frutas que robar. Además, esos malditos han encontrado ya para comer y beber en los grandes edificios que hay allí; ¿es la granja, verdad? Ya sé yo lo primero que hacen cuando entran en una casa que no está guardada. No necesito verlos. Matan a los animales y los ensartan; vacían las cubas, derriban las puertas de los armarios; llenan sus bolsillos, sus sacos y sus vientres. Dentro de una hora estarán todos locos, se pelearán y se maltratarán los unos a los otros. ¿Ah! Si el tonto de tu criado no nos hubiera encerrado aquí, no nos sería difícil marcharnos. Pero el muro de este jardín tendrá sin duda algún agujero por donde se pueda pasar el cuerpo. Yo soy muy chiquita y tú no eres gordo. A veces, gateando por un árbol, se llega a lo alto del muro. ¿Es que ya no sabes gatear y saltar, Mario?

-Sí; pero sé que no hay ni agujero ni árbol que nos pueda servir. Hay un estanque que bordea el patio; pero todavía no sé nadar. Desde que estoy aquí ha hecho demasiado frío para que haya podido aprender. Hay una lancha que nos podían mandar desde el castillo si supieran que estamos aquí. ¿Pero cómo nos van a ver? Es ya demasiado de noche. Tampoco pueden oírnos. La esclusa hace demasiado ruido. ¿Ah!, mi pobre Aristandre ha sido hecho prisionero o muerto, puesto que...

-¿No, no, mi condecito! -dijo desde fuera una voz sonora que se esforzaba en hacerse misteriosa-. Aristandre está aquí; os busca y os oye.

-¿Ah, mi querido carroceros! -exclamó Mario echando los brazos alrededor de la enorme cabeza que pasaba por la lumbrera baja del reducido local-. ¿Eres tú! ¿Pero qué mojado estás, Dios mío! ¿Es sangre?

-No, ♦a Dios gracias!; es agua -contestó Aristandre-; agua muy fría; pero no he tragado nada, afortunadamente para mí. He sido empujado, empujado a pesar mío, hasta el puente, por nuestros diablos de aldeanos, que retrocedían para entrar en el patio. Me he dado cuenta de que yo también me iba a ver obligado a entrar y que ya no podría salir para venir a reunirme con vos. Entonces he disparado mi último tiro y me he arrojado al río. ♦Demonio de río! Creí que no saldría ya de sus aguas, tanto más cuanto que desde el castillo han disparado sobre mí, tomándome por un enemigo. En fin, ya estoy aquí. Hace un cuarto de hora que os estoy buscando; ya me suponía que estaríais en el escondrijo -Aristandre llamaba así al laberinto-; pero hace diez años que le conozco, y todavía me pierdo en él. Vaya, hay que salir de aquí. ♦Pero con quién diablos estáis?

-Con alguien a quien también hay que salvar: una niña desgraciada.

-♦De la aldea? ♦Bah! No me importa; se la salvará si se puede. ♦Vos primero! Voy a ver lo que ocurre en el corral; quedaos aquí y hablad quedo.

Aristandre volvió al cabo de pocos momentos. Estaba preocupado.

-No es fácil salir -dijo a los niños en voz baja-. ♦Ah! ♦Esos aldeanos! ♦Hace falta ser torpes para dejar tomar el cortijo! Y si ahora que los granujas están en plena borrachera se hiciese una salida, se podría hacer una matanza como si fuesen cerdos. Parecen demonios, pero yo aseguro que son personas disfrazadas, verdadera chusma. ♦Oid cómo gritan y cantan!

-Pues aprovechémonos de su embriaguez -dijo Mario-; crucemos este trozo de patio en el que acaso no haya nadie y lleguemos corriendo a la torre de la puerta.

-♦Ah!, sí, claro; pero los granujas se han encerrado. Bien saben ellos que el señor marqués puede llegar durante la noche, y entonces tendría que poner el sitio ante su propia puerta.

-♦Sí! -exclamó Mario-; por eso he visto a Sancho ir en esa dirección con La Fleche.

-♦Sancho? ♦La Fleche? ♦Los habéis reconocido? ♦Ah! ♦Buenas ganas se me pasan de ir yo solo a entendérmelas con esos famosos jefes!

-No, no -dijo Pilar-. Son más fuertes y más malos de lo que creéis.

-Pero si se han limitado a cerrar la puerta, nosotros la podemos volver a abrir -dijo Mario, que reflexionaba más rápidamente que el carrocero-. Y si han dejado guardianes... pues entre los dos, Aristandre, podemos intentar matarlos para pasar. ♦Vacilas? No hay más remedio, amigo mío. Hay que ir corriendo a avisar a mi padre. Si no, los nuestros, ya que están asustados, pueden dejar tomar el castillo. Cuando los granujas se hayan saciado intentarán prenderle fuego. ♦Quién sabe lo que puede ocurrir? Vaya, vaya, carrocero, amigo mío -añadió el valiente niño desenvainando su pequeña espada-, coge una maza, una estaca, un árbol, cualquier cosa y ♦adelante!

-Esperad, esperad, mi lindo señor -contestó Aristandre-; pero aquí hay herramientas; dejadme buscar. Bueno, ya tengo una pala; no, es un pico. Lo prefiero; con esto no temo a nadie. Pero ♦sabéis dónde está vuestro padre?

-No; tú me conducirás.

-Si salgo del apuro, sí; si no, tendréis que ir solo. ♦Sabéis dónde está Etalié?

-Sí; ya he ido. Conozco el camino.

-♦Y la hostería del Gallo Rojo?

-También; he estado dos veces. No es difícil encontrarla. Es la única casa de aquel lugar.
◆Y qué?

-Vuestro padre estará allí hasta las diez de la noche. Si llegáis tarde, id a Brilbault; allí lo encontraréis.

-◆En la parte baja de Coudray?

-Sí; allí estará con los suyos. La caminata es larga. ◆Podréis hacer tanto camino a pie?

-Yo iré en seguida a Brilbault -dijo Pilar-. Conozco el camino; de allí vengo.

-◆Sí! -exclamó el carroceró-. Ve, niña; avisarás a monsieur Robin. ◆Le conoces? ◆Tú no eres de aquí?

-No importa. Ya lo encontraré.

-O a monsieur de Ars. ◆Te acordarás?

-Le conozco; le he visto una vez.

-Entonces, andando. ◆Ah! monsieur Mario, ◆si pudiera echar mano a vuestro caballito! Iríais más de prisa y sin necesidad de fatigaros.

-Sé correr -dijo Mario-. No pienses en el caballo; es inútil.

- Un momento -prosiguió Aristandre-, y fijaos bien. El puente está alzado. ♦ Sabéis bajarle? ♦ No pesa nada!

-Es muy fácil.

-Pero el rastrillo está bajado. Sin embargo, no os preocupéis. Voy a subir a la sala de maniobras. Si hay gente, peor para ellos. No os entretengáis en esperarme. ♦ Pasad, corred, volad! Si la estaca cae sobre la niña, peor para ella; no será vuestra la culpa ni mía. ♦ A la gracia de Dios! Corred; ya os alcanzaré.

-Pero si te...

Mario se detuvo con el corazón oprimido.

-♦ Si me matan, queréis decir? Pues por mucho que lo sintáis, no remediaríais nada ya. Si me compadecéis, perderéis la cabeza y las piernas; no debéis pensar más que en correr.

-No, amigo mío; son muchos peligros para ti. Quedémonos escondidos aquí.

-♦ Y mientras que estamos escondidos, pueden abrasar a madame Lauriana, a vuestra Mercedes, a Adamas... y a mis pobres caballos que están ahí dentro!... Bueno, voy yo solo. Cuando el paso esté libre, entonces saldréis...

-Vamos, vamos -dijo Mario-. ♦ Todo por Lauriana y Mercedes!

Se disponía a precipitarse fuera del jardín, pero Pilar lo detuvo.

-Ten cuidado -le dijo-, porque yo sé que van a venir otros malditos. Si los encuentras, escóndete bien, porque los botones de tu traje relucen de noche como si fuesen brillantes, y para apoderarse de tus ropas te matarán.

-❖Una idea! -exclamó Mario-. Voy a ponerme mis harapos de cuando era pobre, que están aquí.

El lector no habrá olvidado el trofeo campestre, sentimental y filosófico, que se colgó con gran ceremonia en la cabaña.

Mario lo descolgó rápidamente, y en dos minutos, arrojando al suelo el raso, el terciopelo y los galones de que estaba cubierto, revistió su antiguo indumento; hecho esto, se dirigió hacia la puerta sigilosamente y sin decir una palabra.

Ya fuera del jardín, no les quedaba por recorrer más que unos cincuenta pasos a lo largo del muro... Los salvaron, si no sin peligro, al menos sin obstáculo, bajo el ruido de las risas, las blasfemias, los gritos y los cantos broncos que partían del cortijo. La torre de entrada estaba sombría y silenciosa. Aristandre colocó a los dos niños junto al rastrillo. Mario, delante, tocando la última estaca de la izquierda. Luego cogió con su mano, la del niño, para que éste cogiese el rastrillo de la cadena que mantenía el puente alzado.

Se trataba solamente de sacar aquel anillo del gancho clavado en la muralla.

El hablar hubiera sido peligroso. En torno de ellos, en la escalera, sobre sus cabezas, podía y debía de haber centinelas dormidos o distraídos.

Mario no podía estrechar las manos del carroceros con las suyas, porque ya sujetaba el anillo libre y la cadena tendida. Llevó a sus labios aquella mano ruda y depositó sobre ella un beso silencioso; acaso era una despedida eterna.

Aristandre se sintió profundamente conmovido, pero desasíó bruscamente su gruesa mano como para decir: ♦Vaya, no penséis más que en vos♦, y haciendo vivamente la señal de la cruz en las tinieblas subió resueltamente la escalera, breve y pina, de la galería de maniobras.

-♦Quién vive? -gritó una voz sorda, que Mario reconoció en seguida por ser la de Sancho.

Y como el carrocerero seguía subiendo y llegaba al lado izquierdo de la galería, la voz añadió:

-♦Contestarás, palurdo? ♦Estás borracho? Contesta o tiro sobre ti.

No había transcurrido un minuto cuando se oyó un disparo; pero la estaca estaba alzada; Mario soltó la cadena, se precipitó sobre el puente y huyó sin volver la cabeza.

Le pareció que gritaban ♦♦Alerta!♦ y que una bala pasaba silbando junto a sus oídos; pero hasta tal punto estaba trastornado, que no oyó la detonación.

Al hallarse fuera del alcance de las balas, se apoyó contra un árbol, sintiéndose desfallecer ante el pensamiento de lo que debía de ocurrir entre el pobre Aristandre y los centinelas enemigos.

Oyó grandes clamores en la torre, y como un ruido de golpes contra la piedra. Era que Aristandre hacía con sin azadón el molinete en la obscuridad; pero el carrocerero guardaba silencio, a fin de pasar por un gitano borracho, y Mario, intentando en vano distinguir su voz en medio de las demás, perdía la esperanza y al mismo tiempo el valor para huir sin él.

El pobre niño pensaba tan poco en sí mismo, que ni siquiera se estremeció al sentir que le oprimían un brazo.

Era Pilar, que había corrido más que él y que volvía atrás para buscarle.

-♦Pero qué haces aquí? -le preguntó-. Vamos, aprovechemos el tiempo mientras le están matando. Cuando hayan acabado con él correrán detrás de nosotros.

La espantosa sangre fría de la gitanita horrorizó a Mario. Había sido educada entre escenas de violencia y de matanza, y casi ya no sabía lo que era miedo; ♦ni siquiera sospechaba la piedad!

Pero por una extraña y rápida asociación de ideas, Mario pensó en Lauriana, y toda la energía de que un niño puede ser capaz volvió a animar su corazón.

Reanudó su carrera, y después de indicar a Pilar que le siguiese por el camino de abajo, se dirigió hacia el que sube a las mesetas del Chaumois.

A los diez pasos cayó por haber tropezado con un objeto atravesado en el camino. Era el segundo cadáver que Aristandre lo había enseñado a la ida y que no había tenido tiempo de examinar.

Al verse sobre aquel muerto, Mario se sintió inundado por un sudor frío. ♦Acaso era Adamas! Tuvo el valor de tocarle, y después de cerciorarse de que el traje era de aldeano, se echó de nuevo a correr.

La vista del cielo pálido sobre la llanura desnuda le devolvió un poco la tranquilidad; la oscuridad le ahogaba; pero en aquella llanura un nuevo terror le esperaba.

Una forma incolora e indecisa parecía errar entre los surcos. Iba hacia él; intentó evitarle; le seguía. ♦Sería algún animal que le perseguiría? Todas las leyendas de las

veladas de aldea acerca de la perra blanca y del duendecillo que gritaba: ♦♦Roberto ha muerto!♦ asaltaron a su memoria.

Pero de pronto el animal relinchó y se acercó lo bastante para ser reconocido. Era el caballito de Mario, que le había adivinado desde lejos y volvía a ofrecerse a él.

-♦Ay! ♦Mi pobre Coquet! -exclamó el niño acariciándole las crines-. ♦Qué a punto vienes! ♦Y me reconoces tú, pobrecito, a pesar de estos trajes que no has visto nunca? ♦Has tenido mucho miedo en esa horrible batalla? ♦Te has escapado antes de que alzasen el puente y estás comiendo cardos secos en lugar de avena? Vamos, vamos; los dos comeremos cuando tengamos tiempo.

Mientras charlaba en esta forma con su caballo, Mario arreglaba el estribo, algo estropeado por los matorrales. Luego montó y partió como una flecha.

Dejémosle correr y volvamos a Briantes, donde la situación de los sitiados nos causa cierta inquietud.

ArribaAbajo

- L -

Cuando Mario y Aristandre llegaron a Briantes, no hacía aún un cuarto de hora que los bandidos habían efectuado su brusca aparición.

Lauriana se disponía a sentarse a la mesa cuando se oyeron gritos confusos y tiros en la aldea. Podemos, siguiendo la costumbre del país, decir el burgo, puesto que aquella reducida colonia estaba antiguamente fortificada; pero el viejo muro galorromano se hallaba derribado por más de veinte sitios hasta el nivel del suelo, sin que desde hacía mucho tiempo se hubiese tomado nadie el trabajo de ponerle puertas.

Al pronto, los habitantes del castillo, e incluso los de la granja, tomaron aquellos ruidos por los de una cacería dada por los aldeanos contra alguna presa importante extraviada en su recinto; pero aquel tumulto no tardó en adquirir un carácter más alarmante.

Cada cual se armó con lo que tuvo a mano, y los labriegos, blandiendo sus mayales, acudieron a la torre de entrada. Pero en el mismo momento fueron rechazados y paralizados por los habitantes del burgo, que habían llegado de todas partes y se hallaban reunidos en las cercanías del puente; en su espanto, entorpecían y derribaban a los que acudían en su auxilio.

La banda de invasores no se componía más que de unos cincuenta hombres, seguidos por mujeres y niños; pero recordemos que el marqués había puesto en armas y enviado al ataque de Brilbault a todos los hombres robustos y valerosos de su pequeño dominio; por lo tanto, en aquel momento, la población sorprendida por los bandidos se componía de mujeres y niños, de ancianos inválidos y de adolescentes enclenques.

La aparición de las horribles caretas revestidas por aquellos bandidos produjo el efecto que se habían propuesto. Un pánico general se apoderó de los aldeanos y el miedo no les dejó más fuerza que la necesaria para impedir a los buenos servidores del castillo avanzar al encuentro del enemigo.

Uno de los muertos que Mario había encontrado en medio del camino era un muchacho enfermo que cayó y fue aplastado bajo los pies de los fugitivos; el otro, un pobre anciano, el único que intentó revolverse contra los enemigos y al que Sancho mató a culatazos.

Los del castillo no tuvieron tiempo más que para volver a pasar el puente, y no pudieron alzarle a causa de los rezagados, que llegaban gimiendo y pidiendo albergue para ellos y sus ganados. El enemigo aprovechó el desorden para alcanzarles. Entonces el combate se entabló bajo la bóveda de la entrada, donde los del castillo, rodeados por niños que gritaban y por animales estúpidos e inmóviles o heridos y furiosos, se vieron forzados a retirarse en seguida.

Apenas entraron en el corral, los aldeanos los abandonaron para precipitarse sobre el puente fijo, y las buenas gentes, reducidas ya a la decena, fueron rodeadas por los bandidos y obligadas a retroceder hasta el postigo en medio de una lucha heroica.

Uno de los más valientes, el granjero Charasson, fue muerto; los otros, heridos. El terrible Sancho golpeaba con tal rabia, que todos hubieran sucumbido de no ser por la cobardía de La Fleche y sus compañeros, que se preocupaban más del saqueo y tenían muy pocas ganas de recibir un mal golpe.

Reducidos a siete, los buenos criados tuvieron que entrar en el patio, lo que no fue fácil a causa del amontonamiento de cosas y animales que en él había. Sancho dio el ataque con tal violencia, que una gran parte de los animales se quedó fuera, y otra, presa de espanto, se arrojó al río.

Durante aquella lucha encarnizada, pero tan rápida que apenas había durado diez minutos, Lauriana y Mercedes habían permanecido temblorosas y mudas sobre la plataforma del postigo.

Cuando vieron que los suyos empezaban a ceder se sintieron animadas por el valor que da el miedo a los débiles cuando no son tontos; corrieron hacia los falconetes, siempre dispuestos para cumplir su misión. Se apresuraron a encender las mechas y permanecieron preparadas, animándose mutuamente e intentando recordar lo que habían visto hacer, a modo de ejercicio y aprendizaje, a Mario y a los jóvenes de la casa. Pero no había medio de disparar sobre el enemigo, porque éste luchaba cuerpo a cuerpo con los defensores del castillo.

¿Qué hacía Adamas en aquel momento supremo? Adamas se hallaba en las entrañas de la tierra.

El lector recordará la existencia de un pasaje secreto, por donde, en caso necesario, el marqués contaba con hacer que Lucilio se evadiese.

Este subterráneo pasaba por debajo del foso y conducía a un sendero hondo, que las inundaciones habían enarenado desde hacía algunos años. Adamas había creído que el descombramiento de la salida sería cosa de pocas horas de trabajo. Pero el daño era más considerable de lo que él suponía, y los trabajadores llevaban tres días sin conseguir dejar el pasaje practicable.

Todas las tardes Adamas iba a examinar el trabajo del día, y durante la batalla se hallaba allí metido, haciendo su inspección y tomando medidas, sin sospechar lo que pasaba fuera.

Cuando salió de su agujero, colocado bajo la escalera de la torrecilla, se quedó por unos momentos como ebrio y creyó que estaba alucinado. Pero, hombre de grandes recursos, recobró pronto su serenidad.

Llegaba en el preciso instante en que los sitiados hacían irrupción en el patio y cuando, como todos perdían la cabeza, el enemigo se disponía a entrar también.

Adamas estaba siempre bien calzado, como buen hombre de cámara, y como era ágil, le bastó con un salto para llegar a la maniobra del postigo; y bajó el rastrillo ante las narices de los invasores y algo también sobre sus espaldas; advirtió a tiempo que la base de aquel instrumento no tocaba el suelo.

-❖Clindor! -exclamó al paje que, muy apurado, se disponía a cerrar las puertas ante el rastrillo-. ❖Espera, espera! ❖Cómo es que el rastrillo no baja más? Aun queda un gran espacio hasta la ranura.

Clindor, que no era muy valiente aunque hiciese todo cuanto le era posible por serlo, miró y retrocedió horrorizado.

-❖Ya lo creo! -dijo-; hay tres hombres debajo.

-¿Númes celestes! ¿De los nuestros?... ¿Pero mira a ver, triple idiota!

-No, no, de los otros.

-Pues entonces, mejor; ¿por Mercurio! ¿Pronto, aquí gente! ¿Subid sobre la cabeza del rastrillo! ¿Empujad, empujad! ¿No veis que esos cuerpos muertos servirían para que los vivos pasaran bajo los dientes de hierro, y que si llegan bajo la bóveda prenderán fuego al castillo? ¿Vamos! ¿Vosotros, abajo! ¿A golpes de mazo, a patadas, partid la cabeza de los que quieran pasar! ¿Siega todo lo que encuentres con tu hoz, vivos y muertos, mi bravo Andoche! Y tú, Chataignier, ¿te queda una carga de plomo? ¿A ese hocico rojo que se adelanta!... ¿Eso es! ¿Bravo! ¿Por el dios Teutatós, está bien! ¿En plena jeta! ¿Siempre es uno menos!

Y así, mezclando los apóstrofes sublimes a las trivialidades, con las que se dignaba ponerse al nivel de su gente, Adamas vio con satisfacción que el rastrillo acababa de aplastar los cuerpos y que los sitiadores retrocedían hasta la entrada del puente.

-¿Ahora a los falconetes! -exclamó-. ¿Más de prisa, mis Cupidos! ¿Vamos, mil rayos del diablo! ¿Apuntad, apuntad! ¿Hacedme una fritada con esos pajarracos!

La pequeña artillería del castillo descorazonó a los bandidos, que no tenían con qué responder, y, llevándose sus heridos, se decidieron, a falta de otra cosa, a ir entretanto a saquear el cortijo abandonado.

Arrojaron terneros y corderos vivos en el almiar incendiado, y no tardó en extenderse un acre olor a lana quemada. Rechazaban con horcas a los pobres animales que querían huir de aquel suplicio, y al final los devoraron medio crudos y medio carbonizados. Desfondaron los toneles de la cueva. Todos se emborracharon más o menos, incluso los niños y los heridos. Arrojaron al fuego el cuerpo del desdichado granjero, y hubieran hecho otro tanto con los dos prisioneros de no habérselo impedido la esperanza del rescate, contra el deseo de Sancho, que no quería dar cuartel a nadie.

El viejo español era el único que no pensaba ni en comer, ni en beber, ni en robar. Contra su opinión, la banda de Brilbault se había adelantado a los auxiliares más importantes que él esperaba con impaciencia para consumir su venganza. Lo que le preocupaba no era perder su vida, que ya había sacrificado de antemano, sino ver fracasar su empresa por la precipitación y la avidez de los miserables que se habían unido a él.

Como no había podido hacerles esperar a que llegasen sus verdaderos aliados para abrir la marcha y guiar la expedición, les había seguido para no dejarse arrebatar por nadie la satisfacción de torturar a los caballeros de Bois-Doré, en el caso de que tuviesen la mala suerte de caer en las manos de aquellos bandidos.

Como era el único fanáticamente bravo, había llevado naturalmente la dirección del combate. Pero una vez ganada la batalla, los bandidos habían prescindido de él, y hasta, según hemos visto, tuvo que ir él mismo a guardar la torre de la entrada, por donde era de temer alguna sorpresa, y desde donde, además, acechaba la llegada de los que habían de efectuar la toma y saqueo del castillo y la pérdida de cuantos fueron causa o instrumento de la muerte de Alvimar.

En el castillo reinaba más cordura que en el corral, pero no más tranquilidad, y se tomaban apresuradamente todas las disposiciones necesarias contra un nuevo asalto.

Veían y oían la orgía de los miserables, y si hubieran consentido en sacrificar el cortijo, hubiera sido fácil echarlos a tiros de arcabuz.

Si no lo hacían era porque esperaban ver llegar refuerzos durante la noche, antes de que a los bandidos se les ocurriese prender fuego a los edificios del corral, y además porque temían alcanzar a los prisioneros, cuyo número desconocían, y al ganado, que era demasiado considerable para que fuese devorado enteramente por aquel grupo de hambrientos.

Se contaron y comprobaron la falta de los desdichados que habían muerto o habían sido hechos prisioneros.

Adamas hizo entrar en el edificio de las caballerizas a todo el personal inútil de la parroquia. Dieron a aquellos infelices paja fresca en abundancia y les ordenaron que permanecieran tranquilos y se lamentasen en voz baja, lo que no fue fácil conseguir.

Lauriana y Mercedes practicaron curas a los heridos y dieron de cenar a los niños.

Entretanto, Adamas apostó a su gente en todas las puertas expuestas al tiroteo de los asaltantes, a fin de prevenirlo disparando primero, y para que nadie se adormeciese, pasó el tiempo yendo de uno a otro, distribuyendo elogios y estímulos, mostrando esperanza, temor o confianza absoluta en los acontecimientos, según el temperamento de cada uno. El prudente Adamas no había manejado nunca más armas que el peine y las tenacillas rizadoras, y evidentemente su papel se limitaba al de estimulador; pero todos los que conocen las lentitudes y la apatía del carácter del Berry saben que este papel es a veces necesario, y él sabía hacerle realmente útil.

Cuando todo quedó dispuesto, Adamas, extenuado por la fatiga y la emoción, se dejó caer sobre una silla, en la cocina, para descansar al menos durante unos momentos y reflexionar.

Tenía el corazón oprimido y no se atrevería a confiar su pena a nadie. Él solo sabía que Mario no debía acompañar a su padre a Brilbault y que podía llegar de un momento a otro y ser hecho prisionero, si es que no lo era ya.

Ni Lauriana ni Mercedes compartían su angustia; para no preocuparlas, el marqués los había ocultado sus proyectos, diciendo que sólo se trataba de una batida para la que llevaba a los criados. Por su aire preocupado y por los frecuentes conciliábulos que había tenido durante el día con sus amigos y sus gentes, ellas habían sospechado que la cosa era más seria; pero conocían demasiado bien el cariño paternal de Bois-Doré para temer que expusiese a Mario a algún peligro, y suponían que el niño pasaría la noche en el castillo de Ars o en el de Coudray.

Adamas, muy perplejo, se preguntaba si no sería mejor emplear a todo el mundo en acabar de despejar el pasaje secreto, a fin de salir por allí al encuentro de Mario, mandar un aviso al marqués y facilitar la evasión de las mujeres. Pero había medido el terreno y sabía que quedaba trabajo para muchas horas, y entre tanto el castillo, al hallarse sin gente que lo defendiera, podía ser invadido. En este caso, ¿qué sería de ellos, encerrados en aquellos subterráneos sin salida y cuya entrada podía ser muy bien descubierta por los bandidos?

Clindor, que se acercaba a él de puntillas, interrumpió su meditación.

-¿Qué vienes a hacer aquí, mal paje? -le preguntó malhumorado.

Y añadió, sin reparar en que él también estaba descansando:

-¿Es que la noche está para descansar?

-No, ya lo sé -contestó el paje-; pero es que busco...

-¿A quién? ¿Habla pronto!

-¿Al carroceros! ¿No le habéis visto?

-¿Aristandre? ¿Es que lo has visto tú? ¿Contesta!

-No lo he visto dentro del castillo; pero tan cierto como estáis aquí que le he visto sobre el puente, durante la pelea.

-¿Por vida de...! ¿No está aquí, estoy seguro! ¿Pero Mario! ¿Tenía que traerle!
¿Has visto a Mario?

-No; ya he pensado en ello y he mirado por todas partes; Mario no estaba.

-Entonces ♦alabado sea Dios! Si Mario hubiera estado con Aristandre no hubieras visto a uno sin el otro. No se hubiera separado de él ni se hubiera mezclado en el combate. Sin duda el señor ha guardado al niño con él y ha enviado a Aristandre para avisármelo. ♦Pero el pobre carroceros!... ♦Dices que se batía?

-♦Cómo treinta demonios!

-♦Bien seguro estoy! ♦Y después?

-Después, después... el rastrillo ha caído y yo he corrido a cerrar las puertas.

-♦Voto al diablo!, puede que haya caído sobre... ♦Pronto, coge esta antorcha y ven!

-♦No, no! Ya he visto los que han sido aplastados. No está entre ellos.

-Acaso no has mirado bien. ♦Tendrías miedo!

-♦Miedo yo?

-♦No importa! Te digo que vengas.

Y Adamas corrió a abrir las puertas y a mirar, temblando, entre los cadáveres aplastados bajo los dientes de hierro. Estaban mutilados de tal manera, que ante aquel horrendo espectáculo el paje dejó caer la antorcha al suelo. Adamas se enderezó blasfemando; pero a

la luz de la antorcha humeante, que se apagaba en medio de la sangre vio a Aristandre de pie junto a él.

-♦Ah, mi buen amigo! -exclamó abalanzándose a su cuello-. ♦Y Mario? ♦Dónde está Mario?

-Está salvado -dijo el carrocero- y yo también, no sin trabajo. ♦Pronto! Un vaso de ginebra o de aguardiente; los dientes me castañetean y no quiero morir, ♦qué diantre! Aun quiero servir aquí para algo.

-♦En qué estado estás, mi pobre amigo! -exclamó Adamas, que le condujo rápidamente a la cocina, donde Clindor le sirvió una bebida-. ♦De dónde diablos sales?

-♦Del estanque, pardiez! -repuso el carrocero, que estaba cubierto de lodo-. ♦Por dónde si no hubiera podido entrar? Llevo un cuarto de hora pisando hierba y barro.

Se quitó las ropas, que estaban hechas pedazos, y se puso en cueros delante de la lumbre, diciendo:

-Adamas, mira a ver si no pierdo demasiada sangre y conténmela, compañero, porque me encuentro débil.

Adamas le examinó; tenía unas diez heridas y otras tantas contusiones.

-♦Numes celestes! -exclamó Adamas-. No veo un sitio sano sobre tu pobre cadáver.

-♦Cadáver lo serás tú! -contestó el carrocero bebiendo otro trago-. ♦Es que me tomas por un fantasma? La verdad es que de buena me he librado; pero ya me encuentro mejor;

tengo la piel tan dura como la de mis caballos, ♦a Dios gracias! Lo único que te pido es que no dejes que me desangre. No le conviene a un hombre perder la sangre de su cuerpo.

Adamas le lavó y le curó con una habilidad maravillosa.

Efectivamente, gracias a la dureza de su piel y a la fuerza hercúlea de sus músculos, el herido no tenía ninguna lesión de gravedad.

-♦Y el niño? -decía Adamas mientras le ponía ropas secas, que Clindor había ido corriendo a buscar-. ♦Ha estado en peligro?

Aristandre contó todo, hasta el momento en que había alzado la estaca de la compuerta.

-El niño ha pasado -añadió-, porque los bandidos que estaban sobre la terraza han tirado sobre él, pero no le han alcanzado. En aquel momento yo sujetaba al pillo de Sancho por la garganta. Hubiera podido ahogarle; pero le solté para correr a la terraza, y vi a Mario que huía, ligero como el viento. Entonces acometí a los otros dos granujas. No tenía más que un pico, pero les he dado una buena lección, ♦te lo aseguro! El tal Sancho volvió sobre mí con su tizona partida, y con el puño me daba en la cabeza y en la cara, cuando no en el estómago. ♦Ah! ♦El viejo furioso! ♦Tiene el puño duro! Además, yo ya estaba herido y no tenía todas mis fuerzas. Pero eso me hizo entrar un poco en calor, porque ya había cruzado el estanque para ir a reunirme con nuestro lindo Mario y estaba tiritando. Lo que siento es que no he podido acabar con ese viejo diablo. Cuando vi que los otros llegaban en su auxilio, me deslicé por la escalera del cuarto de maniobras, y como el viejo no tiene las piernas tan buenas como los brazos, he podido llegar al jardín sin que supiese dónde me había metido. Desde allí no me quedaba más que volver por el estanque, y aquí estoy.

-♦Carrocero! -exclamó Adamas, quien, al revés de muchos hombres, admiraba sinceramente las proezas que él se sentía incapaz de realizar-. ♦Eres tan grande como los más grandes héroes de monsieur de Urfé! ♦Y si el señor me hace caso, hará que te pinten en las tapicerías de su sala, para inmortalizar la memoria de tu valor y de tu buen corazón!

-Si no se trata más que de ser grande -contestó el ingenuo carroceró-, puedo decir que tengo buena estatura. Pero basta; voy a ver a mis caballos; después pensaremos en hacer una pequeña salida para limpiar el corral de toda esa canalla. ♦¿Qué te parece, compañero?

El juicioso Adamas no era de esta opinión.

Mientras en el castillo discutían sus planes de ataque y de defensa, vamos a reunirnos con Mario en el momento en que llega cerca del árbol enorme que todavía hoy existe en Etalié.

El niño mira hacia las estrellas, que aprendió a conocer durante su vida de pastor; son las nueve y media aproximadamente.

En aquella época no había en aquel lugar más que una casa: era a la vez una hostería y una especie de pabellón de caza.

Los señores del país que se reunían para correr una liebre y para almorzar o cenar en el Gallo Rojo honraban a menudo con su visita aquella eminencia, situada en medio de vastas llanuras abundantes en caza.

Esto explica el que una hostería de reducidas proporciones, situada demasiado cerca de una ciudad para pretender albergar viajeros opulentos, poseyera en la persona de maese Pignoux un cocinero del más raro mérito.

Cuando los hidalgos de la provincia iban a pecar en los estanques de Thevet, se apresuraban a mandar un aviso a maese Pignoux, que acudía con su mujer a disponer su cantina al borde del estanque y les servía bajo el hermoso follaje aquellos maravillosos guisos a la marinera que habían hecho su reputación. También iba a las ciudades y a los castillos en ocasión de bodas y banquetes, y, según se decía, sabía más que los jefes de cocina del mismo príncipe.

La hostería del Gallo Rojo era una casa sólidamente construida, con dos pisos bastante altos y un tejado de un rojo rabioso, que se veía a la legua. Mediante la protección de los hidalgos vecinos, maese Pignoux había conseguido la autorización de colocar una veleta sobre su tejado. Pretendía tener derecho a este privilegio nobiliario por el hecho de albergar tan a menudo personas de la nobleza. Los chirridos agrios y continuos de dicha veleta, que parecía ser el punto de mira de todos los vientos de la llanura, se mezclaban al castañeteo perpetuo de la enorme muestra de hierro colado, que representaba un gallo rojo en toda su gloria, meciéndose fieramente al extremo de una pica, colocada en una ventana del segundo piso.

Enfrente de la casa, al otro lado de la carretera, había una vastísima cuadra con techumbre de paja y largos cobertizos para albergar el séquito que los nobles cazadores llevaban consigo. La hostería era especial para jinetes.

Sabido es que en aquella época las posadas se dividían aún en hosterías, albergues y mesones. Los albergues estaban destinados especialmente para pasar la noche; la misión de los mesones era dar de comer a los viajeros: eran casuchas donde los viajeros de fuste no se detenían más que a falta de otra cosa y donde se comía a veces cuervo, burro y anguilas de Sancerre, es decir, culebras. Los albergues, por el contrario, eran a menudo muy lujosos.

Las hosterías se dividían en hosterías para gentes de a pie y hosterías para gentes de a caballo. Se podía hacer en ella dos comidas. En la hostería del Gallo Rojo se leía en letras enormes:

HOSTERÍA POR PERMISO DEL REY

y debajo:

COMIDA DE VIAJERO A CABALLO: DOCE SUELDOS

CAMA PARA EL MISMO: VEINTE SUELDOS

Cartas del rey mantenían los privilegios de los hosteleros. Un viajero a pie no podía ser albergado en una hostería de jinetes, y viceversa.

◆Las leyes francesas impedían al primero gastar demasiado, y al otro, gastar poco◆

Mario vio la hostería iluminada y no se sorprendió por el relincho de alegría que lanzó su caballito al hallarse a unos doscientos pasos de la casa. Pensó que reconocía los lugares.

Pero lo que le extrañó fue que de pronto se volvió hacia la izquierda y se resistió a volver al camino.

El niño, desconfiado, escuchó.

Le pareció oír un ruido de caballo que provenía del mesón, oculto por las sombras de la noche. Esto le dio una gran alegría.

-Mi padre -pensó- está ahí con todos los suyos. Acaso con monsieur de Ars o con su séquito. Acerquémonos a toda prisa.

Pero Coquet se resistía tanto a avanzar, que el joven jinete quiso comprender su idea. Se paró en seco y oyó el relincho que tanto conocía, de Rosidor, el fiel corcel del marqués. Pero este relincho no salía de la caballeriza de la hostería, sino de mucho más cerca.

◆Esto significa que mi padre está aquí◆, se dijo.

Y como a la izquierda no distinguía más que una especie de denso bosquecillo, soltó riendas a Coquet, con la seguridad de que sabría encontrar a su compañero.

Efectivamente, Coquet entró en el bosquecillo y se detuvo ante una casucha ruinosa y destartalada.

Era la antigua hostería del Gallo Rojo, abandonada y en ruinas desde hacía más de veinte años, porque Bois-Doré, Guillermo y monsieur Robin habían cotizado para edificar la nueva y regalársela a maese Pignoux como testimonio de estimación por su probidad y sus talentos culinarios.

[Arriba](#)

[Anterior](#)[Índice](#)[Siguiete](#)

[Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)[Mapa del sitio](#)[Política de cookies](#)[Marco legal](#)